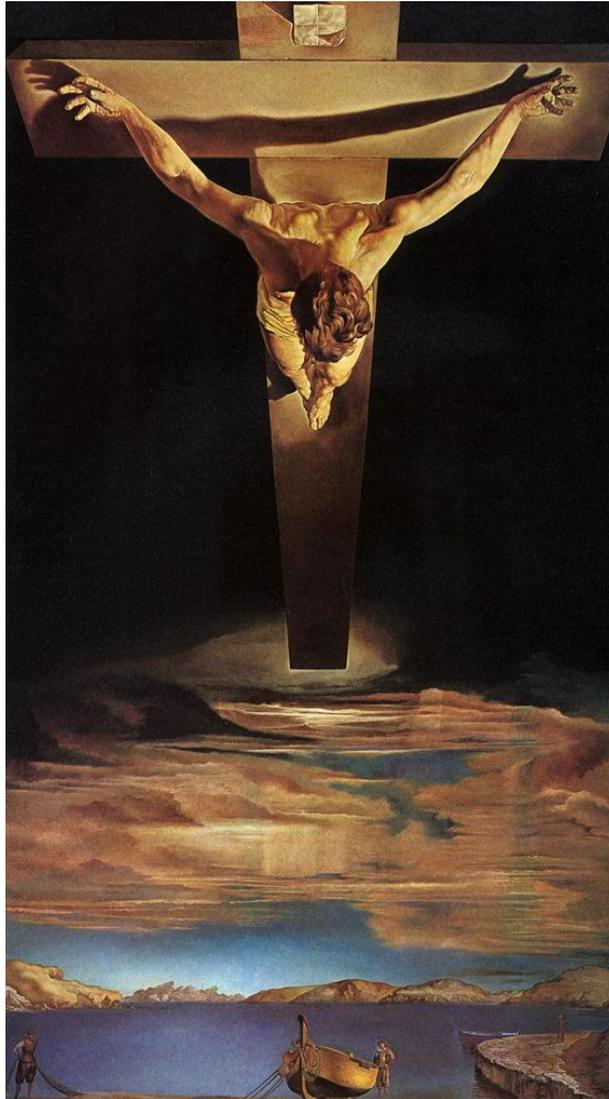


SEXTO DÍA

VIERNES SANTO



El día de la crucifixión de Jesús es el día más solemne del año litúrgico. Los cristianos griegos lo llaman Viernes Santo y Grande y en las lenguas latinas se llama Viernes Santo, en alemán Viernes Sufriente.

Más sobre la expiación sustitutiva

La definición de 'santo' para este día terrible debería impresionarnos por su incoherencia pues para muchos cristianos no es para nada santo. Una primera razón es la costumbre; otra es que por siglos los cristianos han afirmado que en este día, no obstante el horror que lo acompaña, se ha cumplido la redención. El significado redentor dado a este día viene de los siglos de observanza cristiana y de reflexión teológica alrededor de la muerte de Jesús.

La comprensión más común de la muerte de Jesús resalta la naturaleza sustitutiva del sacrificio: Él murió por los pecados del mundo. Esta comprensión hace parte de un sistema de ideas más amplio: todos nosotros somos pecadores y para que Dios pueda perdonar los pecados se debe ofrecer un sacrificio sustitutivo/expiatorio. El sacrificio simplemente humano no sería adecuado ni suficiente, sería como si un pecador muriese solamente por sus propios; solamente Jesús, que no era solo hombre sino también Hijo de Dios es perfecto, sin mancha y sin pecado. Por tanto, solo su sacrificio es suficiente para obtener el perdón y la salvación, que es lo que ocurre el Viernes Santo, así como el perdón que se ha hecho posible.

Para muchos cristianos esta comprensión de la muerte de Jesús es la única y está arraigada desde la infancia y reforzada por la liturgia. Hemos aprehendido estas nociones desde niños y nuestras memorias están llenas de mensajes y homilías sobre las últimas palabras de Jesús y de himnos y cantos. No sorprende entonces que para muchos cristianos esta sea la razón 'real' y definitiva de la muerte de Jesús, la comprensión ortodoxa y 'oficial'. Esta posición es defendida por muchos pero considerada con escepticismo y a veces ridiculizada por otros.

Sin embargo, es útil considerar que esto no ha sido el único motivo de la muerte de Jesús, sabiendo que se necesitó más de mil años para que fuese dominante y la más popular. En efecto, esta noción vino por primera vez expuesta de modo completo en el 1097 por San Anselmo de Aosta, arzobispo de Canterbury. El argumento de San Anselmo es brillante y, sobre sus hipótesis, su lógica es impecable. Anselmo parte de un esquema jurídico para comprender nuestra relación con Dios: nuestro pecado, nuestra desobediencia es un crimen contra Dios, la desobediencia exige una pena que se pretende tomarla en serio. Dios, por tanto, debe pedir una pena, el pago de un precio, a fin de que pueda perdonar nuestros pecados o delitos. Jesús es el precio. El pago ha sido extinguido, la deuda honrada; pues si Jesús es una realidad puesta a disposición de Dios, esta teología afirma que también lo es la gracia – pero lo hace dentro de un esquema jurídico.

Estas doctrinas van un poco más allá de cuanto afirma el Nuevo Testamento. Aquí encontramos las imágenes del sacrificio, una de las varias modalidades con que los autores del Nuevo Testamento articulan el significado de la condena a muerte y de la ejecución de Jesús. Por ejemplo, consideran este hecho (condena y ejecución) como el 'no' a Jesús y a Dios por parte del sistema político, como la derrota de las potencias que gobiernan el mundo descubriendo su corrupción moral, como revelación del camino de transformación y como revelación de la profundidad del amor de Dios por nosotros.

En el momento en el cual nos acercamos al relato de Marcos debemos hacernos conscientes que nuestros prejuicios pueden ser un obstáculo a la comprensión del mundo con el que Marco pretende describir los hechos del Viernes Santo; y en particular deseamos dar a conocer que la noción de sacrificio sustitutivo no está explícitamente presente en el texto de Marcos. Más allá de considerar la muerte de Jesús a través del lente de esta última doctrina cristiana encontramos otro problema al momento en que nos acercamos y escuchamos el relato de Marcos. De hecho, normalmente leemos el relato de la muerte de Jesús como si fuese una síntesis, una composición de varios detalles tomados de los cuatro Evangelios y del Nuevo Testamento en su conjunto. Realizamos el mismo procedimiento para los relatos del Nacimiento de Jesús: de Mateo tomamos el recuerdo de la estrella cometa y los magos, de Lucas el viaje a Belén donde no había lugar para ellos en un albergue y los pastores cuidaban sus rebaños durante la noche santa.

Así sucede con los relatos de la muerte de Jesús. Lucas y Mateo siguen principalmente a Marcos, pero cada uno con sus especificaciones y sus detalles que difieren entre ellos. Por ejemplo, solo en Mateo encontramos la escena de Pilato que se lava las manos de la sangre derramada por Jesús y el grito de la multitud "que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos" (Mt 27,25); un versículo que ha tenido un rol muy significativo en las persecuciones de los judíos por parte de los cristianos. Solo Lucas narra el encuentro de Jesús con Herodes Antipa y tres de las últimas palabras de Jesús: "Padre perdónalos porque no saben lo que hacen"; "Hoy estarás conmigo en el Paraíso" y "Padre en tus manos entrego mi Espíritu" (Lc 23,34.43.46).

En el relato del Viernes Santo, en el Evangelio de Juan, se amplía mucho más el diálogo entre Pilato y Jesús; en Marcos, Jesús habla una sola vez y después permanece en silencio. Juan añade otras tres a las 'últimas palabras' desde la cruz: a su Madre y al discípulo amado "Mujer ahí tienes a tu hijo" y "Ahí tienes a tu madre";

“tengo sed” y “Toso está cumplido” (Jn 19,26-28.30). Nuestro conocimiento sobre los eventos del Viernes Santo como composición de detalles tomados de los diversos Evangelios, comprende también lo que refiere Pablo y el autor de la Carta a los Hebreos: Jesús, sacrificio por los pecados y gran sumo sacerdote que se ofrece a sí mismo en sacrificio (Heb 9,11-14).

Es útil para nuestro recorrido espiritual referirnos a los recientes estudios sobre los procesos miméticos y sobre el ‘chivo expiatorio’ y la víctima sacrificial realizados por el antropólogo René Girard, tal vez el más importante ‘apologeta’ del cristianismo de nuestros tiempos. En la pasión reconocemos inmediatamente en Jesús una víctima inocente, un chivo expiatorio. La verdadera razón de la convergencia de tantos perseguidores en contra de él, es decir, el contagio mimético de la violencia, es exhibida en público. El Evangelio de Marcos subraya cómo los apóstoles no eran en absoluto inmunes al contagio persecutorio. En el momento crucial, más bien parece que la posibilidad que surga una minoría disidente es bastante débil. Y, sin embargo, si todos los apóstoles se hubiesen rendido a la lógica unánime del linchamiento, no habría habido Evangelios. La crucifixión de Jesús habría pasado a la historia, siempre que fuese conservada en la memoria, solo de forma mítica. La resurrección atribuida al Espíritu Santo, precisamente el “Paráclito”, el abogado defensor, muestra cómo la persecución expiatoria era una prisión de donde los apóstoles no se hubieran liberado jamás sin la ayuda divina. El Paráclito hace a los discípulos capaces de percibir algo que ningún ser humano es capaz de entender sin su ayuda: la propia participación personal en el mecanismo persecutorio. Esta conciencia o saber se hace uno con el proceso de “conversión cristiana” y ha jugado un rol dramático entre los apóstoles al tiempo de la resurrección. Particularmente, en Pedro después de la negación y en Pablo en la vía de Damasco. Pablo no fue capaz de comprender la propia violencia hasta que no sintió de la boca de Jesús una pregunta increíble: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” (He 9,3-7).

Una última evidencia que Jesús muere como un chivo expiatorio es la presencia, en dos de los cuatro Evangelios (Mc 6,17-29 y Mt 14,3-12), de un segundo episodio de victimización – en realidad primero en sentido temporal – que por muchos aspectos anticipa y duplica la crucifixión: el asesinato de Juan Bautista. Indudablemente, se necesitó un solo verdugo para decapitar a Juan, pero muchos comparten la responsabilidad de su muerte: Salomé, Herodes Antipas, Herodías y todos los invitados a la cena que en el fondo jugaban el mismo rol que el gentío en la crucifixión: ellos ponen bajo presión a Herodes y piden la cabeza del profeta.

Jesús también ha sido condenado a muerte por ser portador de un mensaje demasiado radical que contrasta con las más profundas convicciones de todas las religiones ‘naturales’, como las definiría Girard; y lo extraordinario de su revelación y de su testimonio, donde lo sagrado no es dado por la violencia del sacrificio porque Dios es Amor, demuestra que Él no podía ser solo un hombre.

El relato de Marcos

Marcos es el Evangelio más antiguo y nos presenta el relato más antiguo de la crucifixión, aunque no es el primero que la refiere, pues este honor respecta a Pablo cuyas cartas fueron escritas antes de los Evangelios. Pablo refiere muchas veces el hecho de la crucifixión de Jesús: él habla frecuentemente de la muerte de Jesús, de la cruz y de Cristo crucificado. Es la “sabiduría y el poder de Dios”, “la piedra angular” para los judíos y “necedad” para los gentiles; la prueba del amor de Dios por nosotros, el sacrificio que hace posible nuestra redención y el camino de nuestra transformación personal - muerte y resurrección - como base de la vida cristiana (1Cor 1,23-24; Rom 5,8; 3,24-25; Gal 2,19-20; Rom 6,3-4). A veces, Pablo reporta algo más de lo que sucede. En un párrafo recuerda la muerte y la sepultura de Jesús: “Cristo murió por nuestros pecados según las escrituras, y fue sepultado”. En otro, él dice que: “Los jefes de este tiempo ... han crucificado al Señor de la Gloria”. En una epístola atribuida a él afirma que en la cruz, Dios “desarraigó a los jefes y gobernantes, los hizo público ejemplo, triunfando sobre ellos” (1Cor 15,3-4; 2,8; Col 2,15).

Las cartas de Pablo no son textos narrativos y por ello no incluyen una crónica de los hechos del Viernes Santo, pero sí contienen una serie de interpretaciones sobre el significado de la muerte de Jesús. El hecho que Pablo, el autor más antiguo del Nuevo Testamento, utilice múltiples interpretaciones nos lleva a un punto importante: ningún relato de la muerte de Jesús está exento de interpretaciones y no es difícil comprender el motivo. Los seguidores de Jesús en los años y decenios posteriores a su muerte han buscado el significado de la terrible condena a muerte de su amado maestro, el ungido de Dios y han leído retrospectivamente para decifrar un objetivo providencial.

Así también sucede con el Evangelio de Marcos que fue escrito primero pero sufrió la influencia de las interpretaciones post-pascuales. La narración de Marcos pretende combinar la interpretación retrospectiva con la memoria histórica. Marcos escribe la crónica del Viernes Santo subdividiéndola en intervalos de tres horas: del alba (a las 6) hasta las 9; de las 9 al mediodía; del mediodía a las 3 de la

tarde y de las 3 a las 6 de la tarde. Ante todo, consideramos su relato como un conjunto de urdimbre y trama, de historia e interpretación; y así exploraremos su entorno interpretativo.

De las seis a las nueve de la mañana

Muy temprano, los jefes de los sacerdotes, los ancianos y los maestros de la Ley (es decir, todo el Consejo o Sanedrín) celebraron consejo. Después de atar a Jesús, lo llevaron y lo entregaron a Pilato. Pilato le preguntó: «¿Eres tú el rey de los judíos?» Jesús respondió: «Así es, como tú lo dices.» Como los jefes de los sacerdotes acusaban a Jesús de muchas cosas, Pilato volvió a preguntarle: «¿No contestas nada? ¡Mira de cuántas cosas te acusan!» Pero Jesús ya no le respondió, de manera que Pilato no sabía qué pensar. Cada año, con ocasión de la Pascua, Pilato solía dejar en libertad a un preso, a elección del pueblo. Había uno, llamado Barrabás, que había sido encarcelado con otros revoltosos por haber cometido un asesinato en un motín. Cuando el pueblo subió y empezó a pedir la gracia como de costumbre, Pilato les preguntó: «¿Quieren que ponga en libertad al rey de los judíos?» Pues Pilato veía que los jefes de los sacerdotes le entregaban a Jesús por una cuestión de rivalidad. Pero los sumos sacerdotes incitaron a la gente a que pidiera la libertad de Barrabás. Pilato les dijo: «¿Qué voy a hacer con el que ustedes llaman rey de los judíos?» La gente gritó: «¡Crucifícalo!» Pilato les preguntó: «Pero ¿qué mal ha hecho?» Y gritaron con más fuerza: «¡Crucifícalo!». Pilato quiso dar satisfacción al pueblo: dejó, pues, en libertad a Barrabás y sentenció a muerte a Jesús. Lo hizo azotar, y después lo entregó para que fuera crucificado. Los soldados lo llevaron al pretorio, que es el patio interior, y llamaron a todos sus compañeros. Lo vistieron con una capa roja y le colocaron en la cabeza una corona que trenzaron con espinas. Después comenzaron a saludarlo: «¡Viva el rey de los judíos!» Y le golpeaban en la cabeza con una caña, le escupían y se arrodillaban ante él para rendirle homenaje. Después de haberse burlado de él, le quitaron la capa roja y le pusieron de nuevo sus ropas. Los soldados sacaron a Jesús fuera para crucificarlo. En ese momento, un tal Simón de Cirene, el padre de Alejandro y de Rufo, volvía del campo, y los soldados le obligaron a que llevara la cruz de Jesús. (Mc 15,1-21)

Al alba, los colaboradores locales – los sumos sacerdotes, los ancianos y los escribas – entregaron Jesús a Pilato, representante de la autoridad imperial. Pilato interroga a Jesús. Marcos no nos dice donde sucede el interrogatorio, parece que muy probablemente fuese en el palacio de Herodes el Grande donde los gobernadores

romanos residían cuando se encontraban en Jerusalén. Seguidamente Marcos menciona explícitamente ‘el patio del palacio’. Mientras se desarrolla la escena parece claro que en el interrogatorio estuviesen presentes también las autoridades locales.

Pilato pregunta a Jesús: “¿Eres tú el rey de los Judíos?” En el ‘tú’ de la pregunta de Pilato sentimos una cierta ironía. ‘Tú’, un campesino judío, vencido, sangrante, llagado, impotente frente a mí, ‘¿eres el rey de los Judíos?’ En medio de tanta iornía debemos tomar de la respuesta de Jesús: “¡Tú lo dices!”. Frente a esta no-respuesta, Pilato presiona aún más sobre el mismo tema: “¿No me respondes? Mira de cuántas cosas te acusan”. Dice Marcos: “Jesús no respondía”. Rehusarse a responder la pregunta de una autoridad manifiesta una cierta valentía e incluso afrenta. Este comportamiento no le gusta a las autoridades, Pilato está impresionado y, en el relato de Marcos, Jesús no hablará más hasta el último grito desde la cruz: “Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?” (Mc 15,34).

Continúa el extraño episodio de la propuesta de Pilato de liberar a un prisionero a gusto del gentío. Es un episodio extraño porque es difícil de imaginar que existiese esta práctica en el contexto de una provincia turbulenta como Judea. Marcos nos dice que esta propuesta se refería a Barrabás, que había cometido homicidio durante la insurrección. Pilato pregunta: “¿Quieren que ponga en libertad al Rey de los Judíos - Jesús?” Marco nos señala que las autoridades del Templo “incitaron a la gente a que pidiera la libertad de Barrabás” (Mc 15,11).

Es bastante verosímil que ésta no fuese la misma multitud de gente que había alabado a Jesús durante la semana que estaba por terminarse; no encontramos en el Evangelio de Marcos inidcaciones sobre las razones por las cuales el gentío hubiese cambiado su opinión sobre Jesús. Es poco probable que a la misma gente que escuchaba a Jesús al principio de la semana, se le hubiese concedido entrar en el palacio de Herodes donde se desarrolla la escena. Esta gente instigada por los sumos sacerdotes que debía ser mucho mas pequeña y sobre todo que debía estar de acuerdo con las autoridades – fue autorizada a entrar por alguno. Entonces, cuando Pilato pregunta a ‘este gentío’ “¿Qué voy a hacer con el que ustedes llaman rey de los judíos?” responden: “¡Crucifícalo!” (Mc 15,13). Pilato libera a Barrabás y entrega a Jesús a sus soldados para que lo crucifiquen. Mas bien, esta propuesta de la liberación de Barrabás aparece bastante inverosímil al menos en el contexto de los años 30, pero si nos situamos en el momento en que fue escrito el Evangelio de Marcos, más o menos entorno al año 70, podría llegar a ser más probable. Barrabás y Jesús eran revolucionarios, ambos desafiaban a la autoridad imperial, el primero por derrocar al invasor con la violencia, el segundo sosteniendo la no-violencia. En

el 66, buena parte de la gente de Jerusalén (y muchos otros de Galilea y Judea) habían escogido el camino de Barrabás y no el de Jesús, los hechos del 66 al 70 hacen más probable que el gobernador imperial hiciese esta oferta a los representantes del pueblo.

Las tres primeras horas del día siguen su curso. Entregado a los soldados de Pilato, Jesús, como sucede frecuentemente a los prisioneros políticos antes o después, es torturado, humillado y viene flagelado. Los soldados luego lo desvisten, ulterior signo de su impotencia y lo someten a la irónica ceremonia de la coronación: lo revisten con una túnica color púrpura, le ponen una corona de espinas en la cabeza y lo 'honran' como 'Rey de los Judíos', lo empujan y le escupen encima. Luego lo desvisten nuevamente y le vuelven a poner su ropa para llevarlo al patíbulo.

Los prisioneros condenados a muerte por crucifixión llevaban ellos mismos el travesaño horizontal de la cruz hasta el lugar donde se encontraba el madero vertical plantado en tierra. Marcos nos refiere que los soldados piden a un pasante de nombre Simón de Cirene que ayude a Jesús a llevar el travesaño horizontal. Marcos no nos dice el porqué, probablemente no era considerado un gesto de gentileza o de ayuda hacia Jesús, sino que Jesús estaba tan débil que no lograba llevar el travesaño por sí solo.

De las nueve al mediodía

Lo llevaron al lugar llamado Gólgota, o Calvario, palabra que significa «calavera». Después de ofrecerle vino mezclado con mirra, que él no quiso tomar, lo crucificaron y se repartieron sus ropas, sorteándolas entre ellos. Eran como las nueve de la mañana cuando lo crucificaron. Pusieron una inscripción con el motivo de su condena, que decía: «El rey de los judíos.» Crucificaron con él también a dos ladrones, uno a su derecha y otro a su izquierda. Así se cumplió la Escritura que dice: Y fue contado entre los malhechores. Los que pasaban lo insultaban y decían moviendo la cabeza: «Tú, que destruyes el Templo y lo levantas de nuevo en tres días, sálvate a ti mismo y baja de la cruz». Igualmente los jefes de los sacerdotes y los maestros de la Ley se burlaban de él, y decían entre sí: «Salvaba a otros, pues se salvará a sí mismo. Que ese Mesías, ese rey de Israel, baje ahora de la cruz: cuando lo veamos, crearemos.» Incluso lo insultaban los que estaban crucificados con él. (Mc 15,22-32)

A las nueve en un lugar llamado Gólgota, 'lugar de la calavera', los soldados crucificaron a Jesús. Marco narra el hecho con una simple frase: "Y lo crucificaron" (Mc 15,24). No debía añadir nada más pues su comunidad conocía bien la crucifixión romana, hoy tal vez sí tengamos la necesidad de alguna explicación.

La crucifixión era una clase de instrumento disuasivo que el imperio romano utilizaba contra los terroristas. Si bien no había sido inventada por los Romanos, era, sin embargo, reservada para criminales muy especiales. En segundo lugar ésta no representaba una pena capital cualquiera sino una particular forma de condena a muerte utilizada para los esclavos que se habían escapado de sus amos, para los revoltosos, para aquellos que habían disturbado la *Pax Romana*. Sobre todo, visto que era una forma de lucha contra el terrorismo, era siempre un evento público, es más, era seguida con la más amplia y visible publicidad posible, representaba un disuasivo social.

Las víctimas permanecían colgadas como una advertencia pública. Por último, como otras formas de condena, tipo la hoguera o ser dado como comida a las bestias, lo que las hacía supremas no era solo el sufrimiento o la humillación que provocaban, sino el hecho que quedara poco del cuerpo del condenado al final de la ejecución para poder llevar a cabo una sepultura digna. En general, los maderos para la crucifixión eran colocados de forma permanente en un lugar cercano y visible de las afueras de la ciudad, por ejemplo en una colina.

El único cuerpo de un crucificado descubierto en Tierra Santa ha sido el de una persona de casi cuarenta y un años, cuyos brazos habían sido amarrados al travesaño horizontal mientras los tobillos habían sido perforados por los clavos y fijados al palo vertical. A esta persona fue reservada la sepultura en la tumba de la familia, pero en general, los condenados eran crucificados a poco más de un palmo de tierra y derivaban en presa de pájaros y perros, los cuerpos era dejados sobre la cruz después de la muerte hasta que quedase poco de éste para una posible sepultura.

Bajo la cruz de Jesús, los soldados echaron la suerte para acapararse la túnica, esto es un elemento sobre lo que volveremos posteriormente. Mientras colgaba de la cruz era ridiculizado probablemente por las personas que lo habían acusado frente al sumo sacerdote, de hecho, repetían la acusación: "¡Tú, que destruirías el Templo y lo levantarías de nuevo en tres días, sálvate a ti mismo y baja de la cruz!" (Mc 15,29 e 14,58). Entre ellos estaban también los sumos sacerdotes y los escribas que se burlaban de él: "¡Dejen que el Mesías, el Rey de Israel, baje de la cruz!". Sobre la cruz

había una inscripción: “El Rey de los Judíos”.

Para Marcos esta es una expresión irónica. Pilato la utilizó como ocasión para ridiculizar no solo a Jesús sino también a sus acusadores: “Esta persona que Roma puede condenar a muerte es vuestro Rey”. Más allá de esto, desde el punto de vista de Marcos y de las primeras comunidades cristianas, la inscripción es correcta, sin tomar en cuenta los intentos irónicos pues Jesús es verdadero Rey.

Marcos nos dice que Jesús fue crucificado entre dos bandidos. El término griego para bandido es utilizado también para ‘guerrillero’ contra Roma, es decir, terrorista o combatiente por la libertad, según el punto de vista. Su aparición en el relato nos confirma que la crucifixión era utilizada particularmente para aquellas personas que sistemáticamente se rehusaban a aceptar la autoridad imperial romana. Los criminales ordinarios no eran crucificados. Jesús había sido crucificado porque se rebeló contra Roma y lo pusieron entre otros dos rebeldes.

La interpretación que considera a estos dos ‘compañeros’ de Jesús no como rebeldes sino como ‘ladrones’ está basada en el relato de Lucas, en el diálogo entre Jesús y el ladrón arrepentido, que termina con las palabras de Jesús: “Hoy estarás conmigo en el Paraíso” (Lc 23,39-43). En Marcos no hay rastros de este diálogo, más bien afirma que aquellos que habían sido crucificados junto a él, lo insultaban (Mc 15,32).

Del mediodía a las tres de la tarde

Llegado el mediodía, la oscuridad cubrió toda la tierra hasta las tres de la tarde.
(Mc 15,33)

Jesús estaba en la cruz desde hacía cuatro horas, las otras tres horas son descritas por Marcos con una simple frase: “Llegado el mediodía, la oscuridad cubrió toda la tierra hasta las tres de la tarde”. La palabra griega para ‘tierra’ significa además país y no es claro en Marcos si quisiese referirse al planeta Tierra o a Judea.

Algunos exégetas han sugerido que la causa de la oscuridad pueda haber sido un eclipse de sol, aunque esta explicación parece todavía poco probable. Durante el eclipse de sol total, la oscuridad dura solo algunos minutos y no horas, ciertamente. Además los astrónomos pueden decirnos cuándo y dónde haya ocurrido un eclipse aun en el pasado, y sabemos con certeza que en el año 30 en aquella parte del mundo no ocurrió ninguno. Es improbable también que haya sido ocasionado por una razón ‘sobrenatural’; de hecho, un oscurecimiento tal y de esa duración habría

sido notado también por los no cristianos y cualquier autoridad lo habría reportado.

Consideramos, más bien, que el descenso de las tinieblas deriva del uso del simbolismo religioso por parte de Marcos. En el mundo antiguo, hechos particularmente significativos sobre la tierra eran acompañados por signos en el cielo. Un cometa significó la muerte de Julio César, así también para las oscuridad: en muchas culturas las tinieblas son la imagen arquetipo asociada al sufrimiento, luto, juicio final. Este uso aparece en las Escrituras. En el relato del Éxodo, una de las plagas que descendió fueron las “tinieblas sobre la tierra” (Ex 10,21-23). Para los profetas, las tinieblas son asociadas al luto y al juicio de Dios. En una lamentación contra Jerusalén del sexto siglo a.C., Jeremías reporta que “el sol se pone cuando aún es de día” (Jer 15,9). En los textos sobre el juicio, Sofonías y Joel hablan de un día de ‘tinieblas y tristeza’ (Sof 1,15; Jl 2,2.31). En un texto del octavo siglo a.C. en el que aparece la amenaza del juicio de Dios sobre Israel, Amós dice a nombre de Dios: “Haré ponerse el sol en pleno mediodía y las tinieblas se extenderán sobre la tierra en día claro” (Am 8,9).

En este contexto cultural, el fenómeno de las tinieblas desde mediodía a las tres, tal vez pueda entenderse en la acepción de simbolismo religioso. No son conocidas cuántas y cuáles sean las repercusiones en el significado que Marcos ha querido dar a este hecho; sin embargo, es razonable que quisiese representar una combinación de dolor y juicio. Todo lo creado se une al luto y a las tinieblas y representan el juicio de Dios sobre los gobernantes responsables de la crucifixión del Señor de la Gloria, para usar una expresión de Pablo.

Desde las tres a las seis

A esa hora Jesús gritó con voz potente: «Eloí, Eloí, lammá sabactani», que quiere decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Al oírlo, algunos de los que estaban allí dijeron: «Está llamando a Elías.» Uno de ellos corrió a mojar una esponja en vinagre, la puso en la punta de una caña y le ofreció de beber, diciendo: «Veamos si viene Elías a bajarlo.» Pero Jesús, dando un fuerte grito, expiró.

En seguida la cortina que cerraba el santuario del Templo se rasgó en dos, de arriba abajo. Al mismo tiempo el capitán romano que estaba frente a Jesús, al ver cómo había expirado, dijo: «Verdaderamente este hombre era hijo de Dios.» Había unas mujeres que miraban de lejos, entre ellas María Magdalena, María, madre de Santiago el Menor y de José, y Salomé. Cuando Jesús estaba en Galilea, ellas lo seguían y lo servían. Con ellas estaban también otras más que habían subido con Jesús a Jerusalén. (Mc 15,34-41)

A las tres de la tarde o poco después, Jesús “dió un fuerte grito y último suspiro”. Marcos escribe las últimas palabras de Jesús desde la cruz: “Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?” Un grito de desolación, citación del salmo 22. Volveremos sobre estas palabras.

Marcos recuerda dos episodios.

El primero es la rasgadura del velo del Templo: “En seguida la cortina que cerraba el santuario del Templo se rasgó en dos, de arriba abajo” (Mc 15,38). Al igual que las tinieblas de mediodía, también este episodio se entiende mejor si se lee a partir de su dimensión simbólica. El velo del Templo separaba el área más sagrada del santuario del Templo – el Santo de los Santos – del resto del santuario. El Santo de los Santos era el lugar de la presencia de Dios: Dios estaba particularmente presente en la parte más secreta del Templo, de tal manera que era permitido solo al sumo sacerdote entrar allí y solamente una vez al año.

Lo que dice Marcos tiene un doble sentido, por un lado es un juicio sobre el Templo y sobre las autoridades del Templo, las autoridades locales que colaboraron con el Imperio Romano que había condenado a muerte a Jesús; por el otro, el velo rasgado significa que la muerte de Jesús en la cruz hizo posible el acceso a la presencia de Dios. Jesús hizo posible el acceso a Dios prescindiendo del Templo, de sus ritos y sacrificios y del sistema de poder que gobernaba en el primer siglo.

Marcos narra luego un segundo episodio contemporáneo a la muerte de Jesús: el centurión que comandaba el pelotón de ejecución y que había crucificado a Jesús exclama: “Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios” (Mc 15,39). El centurión es la primera persona que en el Evangelio de Marcos llama a Jesús ‘Hijo de Dios’. Ni siquiera los discípulos o los Doce lo habían llamado así.

Es bastante significativo que esta expresión esté en boca de un centurión, un soldado romano. Según la teología imperial romana solo al emperador le era reservado el título de ‘Hijo de Dios’ – revelación del poder y de la voluntad de Dios en la tierra. De acuerdo a esta teología, el emperador era el Señor, el Salvador, aquel que había llevado la paz sobre la tierra. Frente al Crucificado encontramos un representante de Roma que afirma que este hombre Jesús de Nazareth, condenado a muerte por el imperio, es el Hijo de Dios. Entonces, no lo es el emperador. En la exclamación del centurión responsable de la muerte de Jesús y que lo vió tan de cerca, el imperio testimonia en contra de sí mismo. Hay otros testigos de la muerte de Jesús, un poco mas lejanos pero suficientemente cerca para ver, como las mujeres que seguían a Jesús.

Había unas mujeres que miraban de lejos, entre ellas María Magdalena, María, madre de Santiago el Menor y de José, y Salomé. 41 Cuando Jesús estaba en

Galilea, ellas lo seguían y lo servían. Con ellas estaban también otras más que habían subido con Jesús a Jerusalén. (Mc 15,40-41)

Sabemos por los otros evangelios que María Magdalena fue la más importante entre las mujeres que siguieron a Jesús. En cuanto a la otra María "la madre de Santiago el menor y de José" no sabemos nada más, y de la otra mujer, Salomé, podemos solo decir que llevaba un nombre muy común.

La presencia de mujeres nos recuerda que los seguidores masculinos no estaban presentes, todos habían huido, quizás era más fácil para las mujeres quedarse cerca de la cruz porque era más poco probable que las autoridades sospecharan de ellas de complicidad y terrorismo revolucionario.

Sea cual sea el motivo, las mujeres en Marcos y en los demás Evangelios ocupan un lugar importante en el relato del Viernes Santo y de la Pascua: son testigos de la muerte de Jesús, siguen su cuerpo después de la deposición de la cruz y ven dónde lo han enterrado; son las primeras, en todos los evangelios, que van al sepulcro el domingo y experimentan la Pascua. En Marco, como veremos, serán las únicas.

El papel de la mujer en el relato de Marcos conlleva una pregunta interesante: ¿Por qué las mujeres judías del primer siglo, y más tarde también las gentiles, se sintieron tan atraídas por Jesús? Además de las razones que compartían con los hombres, las mujeres en particular habían recibido en las primeras comunidades cristianas una identidad, un estatus que no podían experimentar en la sociedad y en el consciente colectivo que reinaba en esos tiempos. Las mujeres en la sociedad judía, junto con los gentiles, estaban subordinadas a los hombres de muchas maneras. Jesús y las primeras comunidades cristianas subvirtieron esta mentalidad tanto entre judíos como entre gentiles. Esta nueva concepción a menudo fue negada en la historia del cristianismo, pero lo podemos ver con claridad justamente en los eventos culmen del Viernes Santo y la Pascua.

De las seis a la sepultura de Jesús

Había caído la tarde. Como era el día de la Preparación, es decir, la víspera del sábado, intervino José de Arimatea. Ese miembro respetable del Consejo supremo era de los que esperaban el Reino de Dios, y fue directamente donde Pilato para pedirle el cuerpo de Jesús. Pilato se extrañó de que Jesús hubiera muerto tan pronto y llamó al centurión para saber si realmente era así. Después de escuchar al centurión, Pilato entregó a José el cuerpo de

Jesús. José lo bajó de la cruz y lo envolvió en una sábana que había comprado, lo colocó en un sepulcro excavado en la roca e hizo rodar una piedra grande contra la entrada de la tumba. María Magdalena y María, la madre de José, estaban allí observando dónde lo depositaban. (Mc 15,42-47)

Ha sido un día muy largo y la tarde se acerca alrededor de las seis si estamos en primavera en el Medio Oriente, al atardecer comienza el Sabbat. José de Arimatea, descrito por Marcos como un "miembro autorizado del Sanedrín, que también esperaba el reino de Dios", parece preocupado de que el cuerpo de Jesús no pueda ser bajado de la cruz y sepultado antes del comienzo del sábado; por lo tanto pide a Pilato el permiso para proceder. Pilato concede el permiso después de recibir la confirmación de que Jesús estaba muerto desde hacía algún tiempo. José organiza la deposición del cuerpo de la cruz, lo envuelve en un lienzo de lino y lo coloca en una tumba excavada en la roca que hace cerrar con una piedra. Esta es una ceremonia particularmente digna, considerando que normalmente a los crucificados no se les reservaba ninguna forma de entierro. El relato de la deposición y sepultura está enriquecido con mayores detalles en los otros evangelios. En Marcos, José no es identificado como un seguidor de Jesús, sino solamente como un simpatizante.

Mateo lo define como "un discípulo de Jesús" (Mt 27,57) y Lucas no lo llama discípulo sino que lo presenta como "un hombre bueno y justo que no estaba de acuerdo con el Sanedrín" (Lc 23,50-51). Mateo resalta sobre todo que la tumba era nueva y que pertenecía a José (Mt 27,60), mientras Lucas no especifica si era de propiedad de José, aunque concuerda con que era nueva y que "nadie había sido sepultado en ella" (Lc 23,53). Juan está de acuerdo en que era nueva y que Nicodemo, mencionado solo por Juan, había ayudado a José en la deposición y sepultura y que había adquirido mirra y aloe en cantidad considerable (Jn 19,38-42). Para Juan, Jesús habría recibido una sepultura real.

Más allá de los detalles históricos, en Marcos notamos que se nos prepara para lo que sucederá en la mañana de Pascua. Después de haber seguido a José de Arimatea, las mujeres y los discípulos ya conocen el lugar donde ha sido sepultado Jesús.

La muerte de Jesús: ¿un sacrificio?

Si reflexionamos sobre lo que ha escrito Marcos, distinguimos entre un significado amplio y uno más específico del término ‘sacrificio’.

El significado amplio se refiere al sacrificio de la vida por una causa, como Martin Luther King, Mahatma Gandhi, Oscar Romero, Dietrich Bonhöffer que sacrificaron sus vidas por la causa a la que se dedicaron. Incluso sobre los soldados que murieron en combate se dice que han sacrificado sus vidas por su país, en este sentido podemos decir que Jesús también sacrificó su vida por lo que le apasionaba: el anuncio de la venida del reino de Dios.

En la acepción más específica de sacrificio en relación a la muerte de Jesús, se indica la expiación por los pecados, morir por los pecados del mundo, esta noción no parece estar presente en la historia del Viernes Santo, al menos como fue representada por Marcos.

Las tres anticipaciones de la muerte de Jesús en la sección central del Evangelio no nos dicen que Jesús debía ir a Jerusalén y morir por los pecados del mundo. Jerusalén es identificada como el lugar donde las autoridades lo condenan a muerte. Solo en un texto del Evangelio de Marcos encontramos un indicio sobre la idea del sacrificio expiatorio, se trata del pasaje sucesivo a la tercera anticipación de su muerte, en el que Jesús habla a sus discípulos por tercera vez acerca de lo que significa seguirlo: “El Hijo del Hombre no ha venido para ser servido, sino para servir y dar su vida como rescate por muchos” (Mc 10,45).

El término ‘rescate’ suena para muchos como un lenguaje de sacrificio. A veces decimos que Jesús ha sido el rescate por nuestros pecados. Pero podemos decir que ésta no es el correcto, o por lo menos, el único significado en Marcos. Como ya habíamos visto anteriormente, el término griego *λυτρόν* (*lutron*) que traduce ‘rescate’, se usa en la Biblia no tanto en el contexto del pago por los pecados, sino para referirse al pago por la liberación de los prisioneros, a menudo para los prisioneros de guerra o para los esclavos y, también, para aquellos que se habían hecho esclavos por causa de las deudas.

El *λυτρόν* es un medio para la liberación de los lazos y adicciones. Afirmar que Jesús ha dado su vida en rescate por muchos significa que ha dado su vida como instrumento para la liberación de las ataduras por deudas, de esclavitud o de la prisión. Este pasaje introduce una crítica al sistema de poder: “Los que se

consideran jefes de las naciones actúan como dictadores, y los que ocupan cargos abusan de su autoridad”. Y añade: “Entre ustedes que no sea así; el que quiera ser el más importante entre ustedes, debe hacerse el servidor de todos” (Mc 10,42). En oposición al comportamiento de los gobernantes del mundo “el Hijo del Hombre no ha venido para ser servido sino para servir y dar su vida como *λειτουργόν* – instrumento de liberación – para muchos”. Este es el camino que sus seguidores deben imitar, “que así sea entre ustedes”.

Marcos entiende la muerte de Jesús exclusivamente como sacrificio expiatorio por los pecados, otras consideraciones podrían llevarnos a una lectura insuficiente del texto que acabamos de leer.

Entonces, ¿cómo entiende Marcos la muerte de Jesús? Siguiendo la historia del Viernes Santo, él ve la crucifixión como una condena de las autoridades porque Jesús se atrevió a desafiar y oponerse al sistema de poder. La decisión de las autoridades del templo de actuar en su contra fue tomada después de sus gestos proféticos en el Templo. Los colaboradores locales entregaron a Jesús a las autoridades imperiales para que lo condenaran a muerte por un motivo contemporáneamente e indisolublemente político y religioso: “Rey de los Judíos”.

Marcos comprende también la muerte de Jesús como una sentencia contra las autoridades civiles y religiosas, los sumos sacerdotes, los ancianos y los escribas, quienes lo han matado como él había predicho. Es un juicio porque mientras Jesús muere, la oscuridad envuelve toda la Ciudad y la Tierra y el gran velo del Templo se rasga en dos partes y el centurión romano pronuncia una sentencia contra su propio imperio que acaba de matar a Jesús: “Verdaderamente este hombre – y no el emperador – es el Hijo de Dios”.

Marcos utiliza Las Escrituras

En el relato del Viernes Santo, Marcos cita o evoca algunos elementos tratados en el Antiguo Testamento. Antes de describir cómo el empleo de citas de las Escrituras por parte de Marcos afecta su esquema interpretativo de los eventos relacionados con Jesús, hagamos algunas reflexiones sobre la manera cristiana de considerar la relación entre el Nuevo y el Antiguo Testamento. A menudo creemos que la relación entre los dos Testamentos es de profecía y cumplimiento. El Antiguo Testamento profetiza la venida del Mesías y Jesús es el pleno cumplimiento. Esta idea fue concebida como *predicción* y cumplimiento. Muchos han aprendido que en el Antiguo Testamento hay numerosos signos que predicen la venida de Jesús y detalles sobre su vida. La presencia de estos no solo demuestran que Jesús era el

Mesías, sino que también son prueba de la autenticidad y del valor de la Biblia para las comunidades cristianas - solo una escritura inspirada y sobrenatural puede predecir el futuro con tanta precisión.

Esta idea ha tenido importantes consecuencias sobre como considerar la vida y la muerte de Jesús e inevitablemente ha llevado a afirmar que las cosas deban suceder por fuerza de este modo. Estos hechos fueron preconocidos, preordenados, como parte del plan de Dios - del 'plan de la salvación'. Estos eventos ocurrieron porque formaban parte del destino divino: Dios los ha planificado así y no podía ser de otra manera. Este enfoque está conectado con la idea de que la muerte de Jesús fuese un sacrificio expiatorio: Jesús debía morir porque era parte del plan de Dios y para que Dios pudiese perdonar los pecados.

Otra mirada: la Biblia era la escritura sagrada de las primeras comunidades cristianas, los cristianos la conocían bien porque sabían leer o la escuchaban y por tanto usaban sus palabras y su lenguaje para contar la vida de Jesús. Esta práctica ha generado el fenómeno de la llamada 'profecía historizada': un texto del pasado es 'historizado' cuando es usado para contar un relato que tuvo lugar más adelante. 'Historizar' no significa necesariamente que el hecho narrado llegue a ser un hecho históricamente ocurrido, simplemente significa utilizar un texto antiguo para un nuevo relato buscando vincular los hechos más recientes a una tradición anterior y darle así una mayor credibilidad.

Para ilustrar este proceso tenemos dos ejemplos tomados de Mateo, el maestro de la profecía historizada. En el relato de la infancia, Jesús y su familia vuelven de Egipto después de la huída para escapar de la persecución de Herodes. Mateo dice que este retorno es el cumplimiento de un texto del profeta Oseas: "De Egipto he llamado a mi hijo" (Os 11,1). Para Oseas estas palabras se refieren al éxodo, habla del amor de Dios por Israel y de las cosas que ha hecho a su favor durante el éxodo - Dios ha conducido a su hijo fuera de Egipto. Mateo toma este texto y afirma que se refiere a la llamada que hace Dios de su 'hijo' - Jesús - desde Egipto. Esto significa historizar una profecía: utilizar un pasaje del Antiguo Testamento para contar un relato posterior.

El segundo ejemplo lo encontramos siempre en Mateo cuando cuenta el suicidio de Judas al final de su Evangelio, donde él historiza un pasaje de los profetas para unirlo al precio de la traición de Jesús, treinta monedas de plata. En el versículo 27,9, Mateo recuerda el texto de Zacarías 11,13 que se refiere a las treinta monedas de plata devueltas al tesoro del Templo.

Puede parecer difícil entender si una 'profecía historizada' haya sido utilizada para comentar un hecho verdaderamente ocurrido o para generar una historia o describir un detalle al interno de un relato. Aunque este no es propiamente el argumento de este libro, es útil para nosotros conocer el empleo de los textos bíblicos al relatar a Jesús y qué cosa nos dicen acerca del esquema interpretativo del autor.

Regresamos al uso que hace Marcos de las escrituras hebreas en el relato del Viernes Santo. Ya hemos visto algunos ejemplos como la simbología de la oscuridad a mediodía. Nos quedamos particularmente en la cita del salmo 22. El *incipit* del salmo son las últimas palabras de Jesús: "Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?". También el relato de los soldados que echan a suerte la túnica de Jesús recuerda el salmo 22: "Reparten entre sí mis vestiduras y mi túnica la tiran a la suerte" (Sal 22,19). Marcos coge dos frases del salmo cuando cuenta que Jesús es insultado, burlado y los transeúntes "mueven la cabeza" (Mc 15,29.31).

¿Cómo debemos entender estas referencias? En el esquema típico y común de predicción-cumplimiento, el salmo debe entenderse como si contuviese la predicción de detalles sobre la muerte de Jesús. En cambio, en el esquema de la 'profecía historizada', son el resultado del uso que hace Marcos del salmo como una forma de interpretar la muerte de Jesús.

¿Estamos seguros de que en el momento de su muerte Jesús pronunció el *incipit* del Salmo 22? Esto es posible. ¿Será cierto que los soldados echaron a suerte la túnica de un campesino, o fue un detalle generado por el uso del salmo? Ambos parecen posibles, pero el punto nuevamente es, ¿qué nos dice el uso que hace Marcos del Salmo 22 en relación con su esquema interpretativo de los eventos del Viernes Santo? Este salmo es una oración de abandono que describe a una persona en un estado de inmenso sufrimiento e intensa hostilidad. Como Job, el que sufre no comprende por qué está sufriendo, pero se siente salvado por Dios, a quien ha sido fiel. Aun habiendo sido fiel desde el nacimiento, ahora al final de la vida está decepcionado, ridiculizado, amargado, se siente abandonado por sus amigos y por Dios, teme estar cerca de la muerte.

Amenazándome abren sus
hocicos como leones que
desgarran y rugen.
Yo soy como el arroyo que se
escurre; todos mis huesos se han
descoyuntado; mi corazón se ha

vuelto como cera, dentro mis
entrañas se derriten.
Mi garganta está seca como teja,
y al paladar mi lengua está
pegada: ya están para echarme a
la sepultura.
Como perros de presa me
rodean, me acorrala una banda
de malvados. Han lastimado mis
manos y mis pies. (Sal 22,14-17)

Se siente tan cercano a la muerte que aquellos que asisten comienzan a dividirse sus ropas y sus cosas: “Reparten entre sí mis vestiduras y mi túnica la tiran a la suerte” (Sal 22,19). Esto parece el significado del salmo tomado en su contexto.

Después el sentimiento del salmo cambia, el sufrimiento desesperado y el abandono angustiados de la primera mitad se vuelve en la segunda parte una oración de agradecimiento por el rescate y la venganza. Las dos partes se combinan para crear un salmo de dolor y de redención de un justo sufriente que grita y que finalmente es vengado por Dios.

El uso frecuente del lenguaje que hace Marcos respecto a este salmo sugiere que él y su comunidad han considerado la muerte de Jesús de esta manera: sufrimiento y muerte de un justo, condenado por el poder del mundo y que ha sido vengado por Dios.

Marcos probablemente no ha sentido en el grito de abandono de Jesús un sentimiento de venganza, como muchas veces ha sido interpretado por aquellos a los que se les hace difícil pensar que Jesús se sintiera abandonado por Dios. Marcos vió la angustia de Jesús como un hecho real. El uso del salmo 22 amplía el esquema al interior del cual Marcos se mueve para comprender la muerte de Jesús. Para Marcos y para los otros cristianos, el relato del Viernes Santo estará incompleto sin la Pascua.

¿Divina necesidad o humana inevitabilidad?

¿Tenía Jesús que morir de verdad y necesariamente? Hay al menos dos razones para que ocurriera así. La primera es la necesidad divina y la otra, la inevitabilidad humana. ¿Tenía que morir así porque era la voluntad de Dios? Ya hemos tocado este punto cuando hemos mencionado las consecuencias de una lectura del Antiguo

Testamento como 'predicción' de la vida y de la muerte de Jesús. Añadamos una razón más.

Como hemos mencionado antes, en el momento en que Marcos escribe su Evangelio, las primeras comunidades cristianas ya habían desarrollado varias interpretaciones sobre la muerte de Jesús. Todas apuntaban a darle un objetivo y a considerarla como un hecho providencial: a través de este evento Dios ha cumplido algo de altísimo valor. Todas indican un movimiento retrospectivo y 'retroactivo': vuelven hacia atrás para observar la muerte de Jesús y le dan un significado providencial. Esto no es percibido por sus seguidores antes o en el momento de la muerte misma y por ende no pueden más que retrotraer este significado en el relato.

Se genera fácilmente la consecuencia de pensar que la muerte de Jesús debía ocurrir necesariamente, pero nos preguntamos si esta lectura es correcta o inevitable.

Tomemos el relato bíblico en el que encontramos la misma combinación de retrospcción y retroceso; en el Génesis capítulo del 37 al 50 encontramos el llamado 'ciclo de la historia de José y de sus hermanos', padres de las doce tribus de Israel. A causa de su envidia, los hermanos vendieron a José como esclavo y fue deportado a Egipto. Con el pasar del tiempo alcanza una posición de prestigio y de autoridad por detrás solo del Faraón. La tierra de Canaán fue afectada por la sequía y los hermanos de José migran a Egipto para encontrar alimento. Ellos han perdido las huellas de su hermano, no saben ni siquiera si está todavía vivo. José se encuentra con sus hermanos que comprensiblemente le temen: su hermano, vendido como esclavo, ahora tiene el poder de vida y muerte sobre ellos ya que era el seundo en la jerarquía egipcia. José no quiere vengarse, más bien dice:

Pero no se apenen ni les pese por haberme vendido, porque Dios me ha enviado aquí delante de ustedes para salvarles la vida. Ya van dos años de hambre en la tierra, y aún quedan cinco en que no se podrá arar ni cosechar. Dios, pues, me ha enviado por delante de ustedes, para que nuestra raza sobreviva en este país... (Gn 45,5-7)

La forma en que el autor del Génesis relata el hecho, manifiesta un propósito providencial en el haber sido vendido como esclavo: "Dios me envió aquí antes que ustedes, y no son ustedes los que me han enviado, para asegurarles la supervivencia en el país y salvar por ustedes la vida de muchas personas".

¿La afirmación de José significa entonces que era la voluntad de Dios que sus hermanos lo vendieran como esclavo? No lo creo, nunca puede ser la voluntad de Dios cometer el mal contra el propio hermano. ¿Debía suceder de esta manera? No,

el propósito también podía ser alcanzado de otra manera, lo más probable es que los hermanos de José no hubieran recibido la orden de realizar este acto. El relato afirma que incluso el mal de la esclavitud puede ser usado por Dios para un propósito providencial.

¿Cómo leer los eventos del Viernes Santo a la luz de la historia de José? ¿Jesús murió por voluntad de Dios? No, Dios nunca puede querer la muerte del justo. ¿Tenía necesariamente que ocurrir? Tal vez las cosas podían suceder de un modo distinto. Judas habría podido no traicionar a Jesús, las autoridades del Templo habrían podido decidir no pedir la condena a muerte para Jesús, Pilato habría podido dejar ir a Jesús o darle una pena distinta. Pero en vez de esto, ocurrió lo que conocemos y, como sucedió con el narrador del Génesis, los primeros cristianos leyeron un significado providencial en el Viernes Santo, aunque esto no signifique que los hechos del Viernes Santo deberían suceder así.

Hay otra razón para considerar la condena a muerte de Jesús virtualmente inevitable, más que por necesidad divina, por inevitabilidad humana, es decir, como la reacción del sistema de poder hacia quienes lo criticaban públicamente y con valentía. Esto le ocurrió a muchas personas cercanas a Jesús, el mismo Juan Bautista sufrió casi la misma suerte, arrestado y condenado a muerte por Herodes Antipas, poco después Jesús, y también Pablo, Pedro y Santiago.

Pero Jesús no solo fue una víctima desafortunada de la brutalidad del sistema de poder, fue un protagonista apasionado y su pasión fue el reino de Dios. Habló a los campesinos siendo una voz de la religiosidad rural que protestaba contra las instituciones económicas y políticas centrales, fascinó a mucha gente y llevó su movimiento a Jerusalén durante la Pascua, donde criticó a las autoridades con actos y debates públicos en los que manifestaba las cosas que le apasionaban y que estaban en el centro de su mensaje: Dios y el reino de Dios, Dios y la justicia de Dios. Su pasión lo condujo a la muerte. Restringir la noción de pasión solo a su sufrimiento y muerte significa restringir el campo del significado del término pasión, pues fue su pasión la que lo condujo a Jerusalén. Pensar en la pasión de Jesús solo en los términos de lo que ocurrió el Viernes Santo quiere decir separar los hechos del Viernes Santo del resto de su vida y de los padecimientos que marcaron su persona y su ministerio.

¿Tenía que suceder el Viernes Santo por fuerza? ¿Era una necesidad divina? El Viernes Santo fue el choque entre la pasión de Jesús y el sistema de poder de su tiempo.

Es importante darse cuenta que lo que mató a Jesús no fue algo extraordinario, no creemos que las autoridades del Templo fuesen particularmente malignas, el resto de Roma no era peor que los otros imperios, no habían elementos particularmente anormales o excepcionales, esto es simplemente el modo en que se comportan los sistemas de poder, es tan común esta dinámica que representa la normalidad para muchas civilizaciones.

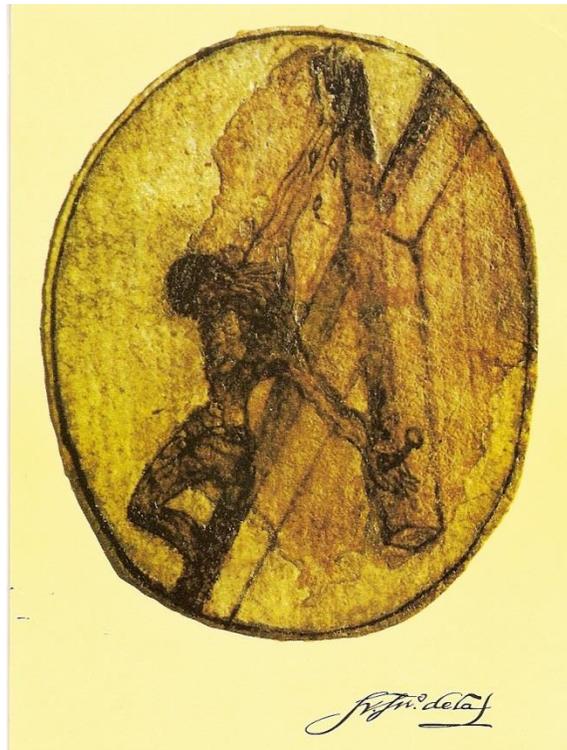
Esta toma de conciencia genera otros puntos de reflexión: según Marcos, Jesús no murió para los pecados del mundo. La terminología del sacrificio expiatorio *para* el pecado está ausente del relato, pero fue asesinado por los pecados del mundo. Fue la injusticia de los sistemas de dominio que lo mataron, la injusticia es tan común que constituye un elemento ordinario de muchas sociedades. La noción de pecado significa mucho más que esto, pero lo incluye y lo comprende; en este sentido Jesús murió a causa de los pecados del mundo.

Concluimos este capítulo con una última pregunta. ¿Es Jesús culpable o inocente? Los cristianos definen a Jesús sin ningún pecado, perfecto, justo, sin mancha y entonces la pregunta podría ser blasfema, pero es mejor una breve reflexión.

Por la forma en que Marcos cuenta los hechos ocurrido, Jesús no solo fue asesinado con un método utilizado para los revoltosos, sino que fue asesinado entre dos revolucionarios. ¿Debemos considerar a Jesús culpable de haber defendido una revolución violenta contra el imperio y sus colaboradores locales? No ciertamente.

De lo dicho por Marcos, ¿podemos considerar a Jesús Jesús culpable de haberse definido el Mesías, el Hijo del Altísimo? Tal vez. ¿Por qué un simple tal vez y no un sí pleno? Marcos no afirma que Jesús enseñase esto de sí mismo, hemos visto que su respuesta a la pregunta del sumo sacerdote es de considerarse por lo menos ambigua.

Finalmente, de todo lo que sostiene Marcos, ¿es culpable Jesús de resistencia no violenta contra la opresión del imperio romano y de los colaboradores judíos? Sí. El relato de la última semana de Jesús es una secuencia de manifestaciones públicas y conflictos con el sistema de poder que finalmente lo mató.



Preguntas para reflexionar

1. Uno de los temas principales de este capítulo es la noción de 'expiación sustitutiva' o 'sacrificio expiatorio' utilizado para explicar la muerte de Jesús. ¿Qué piensas de que significan? ¿Aprendiste esta idea para entender y dar sentido a la muerte de Jesús? ¿Te ha molestado alguna vez o te ha creado problemas a tu fe?
2. ¿Quiénes participan en la condena y ejecución de la sentencia?
3. ¿Cuál es el significado de la crucifixión como forma de sentencia de muerte?
4. El capítulo sugiere que la oscuridad a las tres de la tarde y la ruptura del velo del Templo en el momento de la muerte de Jesús fueron elementos simbólicos. ¿Cuál crees que sean su significado?
5. ¿Jesús realmente debía morir? ¿Qué dice este libro? ¿Qué piensas?

SÉPTIMO DÍA

SÁBADO SANTO



Después de haber narrado con muchos detalles los días de Semana Santa, Marcos se olvida por completo del sábado, el Sabbath. El viernes también estuvo marcado por intervalos de tres horas, según el orden típico de los tiempos de guardia de los legionarios, pero parece olvidarse completamente del Sábado Santo. Hay que tener en cuenta que Jesús fue crucificado y enterrado el día de la Preparación, es decir, el día antes del Sabbath (Mc 15, 42). Retomará el relato con la mañana de Pascua y el descubrimiento de la tumba vacía: “Pasado el sábado, María Magdalena, María, la madre de Santiago, y Salomé, compraron aromas para embalsamar el cuerpo” (Mc 16, 1). ¿Qué podemos decir del Sabbath, del Sábado Santo? ¿La tradición de las primeras comunidades cristianas no tenían nada que decir sobre lo que sucedió en este día? ¿Marcos ha olvidado lo que otros han registrado? Si seguimos el silencio de Marcos, ¿nos privamos de algún elemento importante para nuestra fe y conocimiento de Jesús?

Se puede ver claramente lo que Marcos ha obviado si comparamos su texto con las dos principales profesiones de fe de la Iglesia: el Credo Apostólico y el Credo Niceno. El Credo Apostólico presenta tres eventos distintos en los tres días:

Viernes: Sufrió bajo Poncio Pilato; fue crucificado, murió y fue sepultado.
 Sábado: Descendió a los infiernos.
 Domingo: El tercer día resucitó de entre los muertos.

El Credo Niceno indica, más bien, dos eventos en dos días diferentes:

Viernes: Por nuestra salvación fue crucificado por Poncio Pilato; padeció la muerte y fue sepultado.
 Domingo: Al tercer día resucitó según las Escrituras.

El acontecimiento – descendió a los infiernos – se menciona en el Credo Apostólico, pero se omite en el Niceno, y se conoce como el “descenso a los infiernos” o “el despojo de los infiernos”. Los infiernos no son el lugar del castigo eterno, sino el Seol judío, el Hades griego, el lugar de la no existencia después de la vida terrenal. ¿Cuál es el significado de este hecho?

Para entender el significado de esta misteriosa acción de Jesús en el día dejado vacío y silencioso por Marcos, nos haremos ayudar por dos tradiciones judías.

La justicia de Dios y la defensa de los perseguidos

Marcos y los demás evangelistas, a fin de describir la condena a muerte de Jesús, han articulado sus relatos narrativos dentro de la tradición judía que siempre ha enfatizado la venganza de Dios por los justos que permanecieron fieles a pesar de la persecución y que estaban dispuestos a dar la vida, si era necesario, y morir como mártires por su fe en Dios. De hecho, en la tradición bíblica hay dos modelos principales de venganza divina de los justos. La diferencia está en si la venganza viene *antes* o *después* de la muerte. En otras palabras, según una tradición, Dios interviene para prevenir el martirio, mientras que, en otra, Dios recompensa a los justos después de su martirio, de su muerte.

El ejemplo clásico del primer modelo, o sea, el de la salvación en el último minuto antes de la muerte bajo persecución, es la historia de Daniel dentro de la guarida de los leones (Dn 5, 1 – 6,28). En este texto Daniel es descrito como el judío fiel que vive con su pueblo deportado después de la destrucción del Primer Templo por los Babilonios, a principios del siglo VI a.C. Bajo el reinado del último monarca babilónico, Belsasar, “Entonces Belsasar ordenó que se revistiera de púrpura a Daniel, que le pusieran al cuello un collar de oro y que se proclamara que de ahora en adelante era el tercer personaje de su reino” (Dn 5, 29). Pero cuando Darío, rey

de los Medos, conquistó Babilonia, otros altos funcionarios del reino conspiraron y persuadieron a Darío de firmar una ley que obligaba a todos a adorarlo sólo a él y así condenar a Daniel por orar al Dios de Israel tres veces al día.

El rey Darío es forzado a causa de su ley, pero en contra de su voluntad, a arrojar a Daniel en la fosa de los leones, pero Dios salva a Daniel:

El rey entró en su palacio, ayunó toda la noche y no quiso acostarse con sus concubinas; no pudo dormir. Aun antes de que saliera el sol, el rey se levantó y se dirigió a toda prisa al foso de los leones. Se acercó al foso y gritó a Daniel con voz angustiada: «¿Daniel, servidor del Dios vivo, ese Dios al que sirves con tanta fidelidad ha sido capaz de librarte de los leones?» Daniel respondió al rey: «¡Viva el rey para siempre! Mi Dios me envió a su ángel, quien cerró las fauces de los leones, los que ni siquiera me han tocado porque fui hallado inocente ante él, y ante ti, oh rey, también soy inocente». (Dn 6, 19-23)

A Daniel se le restituye su dignidad y los acusadores y sus familias serán devorados por las bestias. El rey Darío ordenó que “los ciudadanos de su reino debían temblar y tener miedo del Dios de Daniel” (Dn 6, 27). Se trata de un típico relato con final feliz; sin duda esta historia como otras de la tradición bíblica de salvación del justo frente a la muerte o la persecución, o de salvación en el último minuto – piensa en José o Susanna – puede ser de ayuda y consuelo para el fiel frente a la discriminación o persecución.

Pero, ¿cómo actuar, como asistir en caso de persecuciones letales, si Dios no interviene, el fiel muere como mártir? En este caso la segunda tradición se vuelve muy importante.

El ejemplo típico de este segundo modelo de venganza divina, de salvación después de la muerte, se encuentra en el libro de la Sabiduría, en los capítulos del segundo al quinto; un libro escrito poco tiempo antes de Jesús y que ahora forma parte de los Apócrifos de la Biblia cristiana. En este relato, los perseguidores buscan oprimir a los justos porque se oponen a su filosofía de “el-poder-justifica-a-quien-lo-tiene” y los acusan de ser pecadores:

Seamos duros con esos pobres piadosos, y lo mismo con las viudas; ¡nada de respeto con los viejos de cabellos blancos! ¡Nuestra fuerza sea la ley! ¡La debilidad es prueba de que uno no sirve para nada! Hagamos la guerra al que nos reprende porque violamos la Ley; nos recuerda cómo fuimos educados y nos echa en cara nuestra conducta. Pretende conocer a Dios y se proclama hijo del Señor. (Sab 2, 10-13)

Ellos tienen la intención de poner a prueba a Dios para ver si protege a los fieles:

Nos considera unos degenerados, creería mancharse si actuara como nosotros. Habla de una felicidad para los justos al final y se vanagloria de tener a Dios por padre. Veamos, pues, si lo que dice es verdad y hagamos la prueba: ¿cómo se librarán? Si el justo es hijo de Dios, Dios lo ayudará y lo librarán de sus adversarios. Sometámoslo a humillaciones y a torturas, veamos cómo las acepta, probemos su paciencia. Luego, condenémoslo a una muerte infame pues, según él, alguien intervendrá.» (Sab 2, 16-20)

El autor continúa con una crítica implícita del modelo de salvación antes de la muerte que es reemplazado por el segundo esquema, redención después de la muerte:

Las almas de los justos están en las manos de Dios y ningún tormento podrá alcanzarlos. A los ojos de los insensatos están bien muertos y su partida parece una derrota. Nos abandonaron: parece que nada quedó de ellos. Pero, en realidad, entraron en la paz. Aunque los hombres hayan visto en eso un castigo, allí estaba la vida inmortal para sostener su esperanza. (Sab 3, 1-4)

La narración evangélica de la condena a muerte y la defensa de los justos presupone este segundo modelo, que se muestra claramente en Marcos. En primer lugar, Jesús es ridiculizado por los transeúntes, por las autoridades, así como por aquellos que habían sido crucificados con él, porque Dios no intervino para salvarlo antes y no lo hizo descender de la cruz:

Los que pasaban lo insultaban y decían moviendo la cabeza: «Tú, que destruyes el Templo y lo levantas de nuevo en tres días, sálvate a ti mismo y baja de la cruz.» Igualmente, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la Ley se burlaban de él, y decían entre sí: «Salvaba a otros, pues se salvará a sí mismo. Que ese Mesías, ese rey de Israel, baje ahora de la cruz: cuando lo veamos, creemos.» Incluso lo insultaban los que estaban crucificados con él. (Mc 15, 29-32)

En segundo lugar, recordamos la noción de defensa/reivindicación ‘al futuro’ en varios pasajes del Evangelio de Marcos. Además de las tres profecías de la muerte por condena y de la defensa a través de la resurrección, la promesa o amenaza de la defensa se repite en Mc 13,26 “Y verán venir al Hijo del Hombre en medio de las nubes con gran poder y gloria” y de nuevo “verán al Hijo del Hombre sentado a la derecha de Dios poderoso y viniendo en medio de las nubes del cielo” (Mc 14,62). Se

trata de una defensa/reivindicación pública, no antes, sino después de la muerte. Se presupone, por tanto, el segundo modelo y no el primero en el relato de Marcos y los demás Evangelistas. Así, la defensa de Jesús fue “de acuerdo a las Escrituras”, para todos aquellos que conocían la tradición del segundo modelo.

La justicia de Dios y la resurrección de los cuerpos

El segundo modelo de defensa/reivindicación después de la muerte es una tradición judía más bien general. Los estudiosos han discutido, por ejemplo, si esta salvación divina se refiere a la idea de inmortalidad del alma o más bien a la resurrección del cuerpo. Nos dirigimos, entonces, a una tradición judía más específica, a la tradición de la escatología apocalíptica y a la cuestión específica de la resurrección de los cuerpos.

Así como en la tradición bíblica, tu fe te dice que este mundo pertenece y está gobernado por un Dios justo, pero tu experiencia te dice, en cambio, que este mundo pertenece y está gobernado por una humanidad injusta; entonces se hace necesario que la utopía o la escatología emerjan como un proceso de reconciliación entre fe y experiencia. La utopía, del griego ‘no-lugar’ o ‘no-este-lugar’, proclama una alternativa a este mundo a este ‘lugar’. Escatología, del griego ‘sobre-las-últimas-cosas’ o ‘sobre-el-fin’, proclama una alternativa a este mundo a este ‘tiempo’.

¿Afirmas que Dios transformará este espacio-tiempo de violencia e injusticia en un espacio-tiempo de no-violencia y justicia? ¿Proclamas que Dios *will overcome one day* (un día prevalecerá)? Dios actuará y actuará verdaderamente para hacer nuevo y santo a un mundo convertido en viejo y malo. La escatología no se trata del fin de este espacio-tiempo, sino del fin de la esclavitud de este espacio-tiempo de maldad e impureza, injusticia, violencia y opresión. No se trata de escapar del mundo para ir al paraíso divino, sino de la transfiguración del mundo de Dios. No se trata de la destrucción de la tierra, sino de la transfiguración del mundo de Dios.

Con el pasar de los siglos, mientras que los imperios cada vez más poderosos tomaban el control del destino de Israel, los judíos *buscaban* cada vez más intensamente la justificación de Dios, la acción divina que habría de *hacer justo* el mundo actual, esperando y proclamando, cada vez con mayor fervor, la gran Limpieza Cósmica de Dios. Un *apocalisse*, del griego ‘revelación’, es un mensaje especial por parte de Dios sobre este acontecimiento escatológico. En sentido estricto, un *apocalisse* se puede aplicar a cualquier aspecto o elemento de la escatología, sin embargo, el término escatología apocalíptica en general se refiere a la inminencia de la transformación hecha por Dios de este mundo de violencia e

injusticia a uno de justicia y no violencia. No se refiere nunca al fin de este mundo *tout court*. Podemos imaginarnos fácilmente esta escena porque hoy podemos hacerlo de cinco maneras diferentes: atómicamente, biológicamente, químicamente, demográficamente y ecológicamente, y tan solo llegamos a la letra 'e'. Para los antiguos judíos y las primeras comunidades cristianas sólo Dios podía destruir el mundo, pero Dios no habría destruido nunca una creación que él había juzgado 'buena' (Gn 1).

Teniendo en cuenta lo dicho anteriormente, ¿cómo es posible que, para algunos sectores del pueblo judío, como por ejemplo los fariseos, la afirmación de la resurrección de los cuerpos, una idea ciertamente poco intuitiva y difícil de concebir, haya llegado a ser el escenario utópico de la transformación cósmica? Hay una razón general y una específica.

La primera concierne a la transformación de la naturaleza, la segunda, a la defensa/reivindicación de los justos mártires.

La razón *general* se derivó de la exigencia de renovación de la creación sobre esta tierra. ¿Cómo es posible imaginarse una creación 'renovada' sin cuerpos 'renovados'? El sueño utópico de un mundo perfecto tiene tres características típicas e interconectadas: un mundo *físico* o agrícola cuya fertilidad es obtenida sin esfuerzo, un mundo *animal* en armonía con el mundo vegetal, y un mundo *humano* o social caracterizado por la paz, sin guerra. Por ejemplo, en la visión de los Oráculos Sibílicos del judaísmo egipcio entre el 163 y el 145 a.C. encontramos, en primer lugar, que "la tierra bendita dará fruto del trigo, vino y aceite, sin fin a los mortales" (3.744-45), además "lobos y corderos comerán hierba juntos en las montañas" porque Dios "hará inofensivas a las bestias en la tierra" y "las áspides y serpientes dormirán con los niños y no los atacarán, porque la mano del Señor estará sobre ellos"(3.788-95 cf. Es 11.6-9). Por último:

No habrá espada en la tierra ni sable de batalla y la tierra ya no será sacudida por profundos lamentos. No habrá más guerra... sino una gran paz en toda la tierra ... Los profetas del gran Dios eliminarán la espada porque ellos mismos serán jueces de los hombres y reyes justos. También habrá riqueza entre los hombres porque este es el juicio y el poder del gran Dios. (3.751-55; 781-84).

Esta maravillosa visión de la tierra transformada exige una carne transformada y un espíritu renovado, exige cuerpos transfigurados y almas perfeccionadas.

La *razón* específica por la que la resurrección de los cuerpos pasó a formar parte del escenario utópico está relacionada con la cuestión del martirio durante la persecución de los Seléucidas en Tierra Santa en el año 160. La cuestión no era tanto su supervivencia después de la muerte, sino el significado de la justicia de Dios frente a los cuerpos de los mártires torturados, golpeados y asesinados. El texto principal relativo a la doctrina de la Resurrección es:

Muchos de los que duermen en el lugar del polvo despertarán, unos para la vida eterna, otros para vergüenza y horror eternos. Los que tengan el conocimiento brillarán como un cielo resplandeciente, los que hayan guiado a los demás por la justicia brillarán como las estrellas por los siglos de los siglos. (Dn 12,2-3)

Encontramos textos aún más claros y precisos en los Macabeos, donde una madre y sus siete hijos se rehúsan a negar a Dios y desobedecer a la Torá, aunque sean torturados hasta la muerte. Las palabras de la madre y del segundo y tercer hijo declaran firmemente que los cuerpos torturados serán devueltos a ellos por la justicia futura de Dios:

En el momento de dar su último suspiro dijo: «¡No eres más que un criminal! Nos quitas la vida presente, pero el Rey del Universo nos resucitará a una vida eterna, a nosotros que morimos por fidelidad a sus leyes». Después de éste torturaron al tercero; cuando el verdugo se lo pidió, presentó inmediatamente la lengua y extendió sin vacilar sus manos. Tuvo la valentía de declarar: «Del Cielo he recibido estas manos, pero las sacrifico por sus leyes, y de él espero que me las devuelva». (2Mac 7,9-11)

Finalmente, “un tal Razis, uno de los ancianos de la ciudad de Jerusalén” logró superar y eclipsar incluso el mismo relato del suicidio de Catón que cayó sobre su espada, “y allí, casi sin sangre, se sacó sus entrañas y tomándolas con sus dos manos se las tiró a la turba. Luego, después de pedir al dueño de la vida y del espíritu, que se los devolviera algún día, dejó esta vida” (2Mac 14,46). Esta imagen es biológicamente cruda pero teológicamente clara. El martirio es de cuerpos de tortura, pero la justicia de Dios exige la transfiguración futura de esos cuerpos desfigurados en el pasado.

Estas razones generales y específicas se encontraron en la escatología apocalíptica y la teología farisea en la época de Jesús. En el momento de la “Gran Limpieza Cósmica de Dios”, la primera pregunta fue saber qué final habrían tenido los cuerpos. El objetivo de Dios era restablecer un mundo justo y no violento y debería haber comenzado desde el pasado antes de ocuparse del futuro. En efecto, ya había una

buena cantidad de injusticias que tenían que ser redimidas, un gran número de mártires que tenían que ser reivindicados.

Si crees, como dijo Jesús y como escribió Marcos, que el reino de Dios ya está en la Tierra, entonces también puedes afirmar que la “Gran Limpieza Cósmica” ya ha comenzado. Si crees que el primer acto de la “Gran Limpieza Cósmica” en la Tierra es la resurrección de los cuerpos y la reivindicación de los perseguidos y los justos, entonces para los cristianos la resurrección general puede haber comenzado ya con Jesús, pero la resurrección de Jesús es la primera y tiene lugar junto con la de muchos otros judíos que murieron injustamente antes que él. Este es el significado del “descenso a los infiernos” o el “tormento de los infiernos” de Jesús, el Sábado Santo. Volvamos a los textos de los primeros cristianos que registran la visión maravillosa de la defensa/reivindicación divina y nos evocan detalles que Marcos no recuerda en su Evangelio.

La resurrección de Jesús y la resurrección de los Justos

Jesús descendió al infierno, al Hades, al Seol, para liberar a todos los justos que han vivido por la justicia y han muerto antes que él debido a la injusticia, después de sufrir un destino similar al suyo. Jesús se levantó para guiar la defensa divina de todos los justos con él y en él, que es el Supremo Justo. Consideramos esta tradición en la narración, en el canto, la imagen y finalmente en el silencio.

En el relato evangélico

Imagina la dificultad de incluir el descenso de Jesús a los infiernos, en la secuencia narrativa de Marcos entre el Viernes Santo y el Domingo de Pascua. Es una realidad tan serenamente poética que hasta cierto punto desafía el estilo directo de la narración de Marcos. Las apariciones de Jesús resucitado son todas colocadas en el tiempo y el espacio cerca de Jerusalén y en Galilea. Toma en cuenta estos dos ejemplos extraídos del Nuevo Testamento y de una fuente externa, sobre cómo es imposible insertar el descenso a los infiernos dentro de la narración de Marcos.

El primer ejemplo está en Mateo 27,50-54, en su intento de insertar una breve síntesis del descenso a los infiernos dentro de la versión del texto de Marcos 15,37-39. Colocamos los dos textos en paralelo de manera que se pueda ver fácilmente lo que sucede:

Pero Jesús, dando un fuerte grito, expiró. En seguida la cortina que cerraba el santuario del Templo se rasgó en dos, de arriba abajo. Al mismo tiempo el capitán romano que estaba frente a Jesús, al ver cómo había expirado, dijo:

«Verdaderamente este hombre era hijo de Dios». (Mc 15,37-39)

Pero nuevamente Jesús dio un fuerte grito y entregó su espíritu. En ese mismo instante la cortina del Santuario se rasgó de arriba abajo, en dos partes. *La tierra tembló, las rocas se partieron, los sepulcros se abrieron y resucitaron varias personas santas que habían llegado ya al descanso. Estas salieron de las sepulturas después de la resurrección de Jesús, fueron a la Ciudad Santa y se aparecieron a mucha gente.*

El capitán y los soldados que custodiaban a Jesús, *al ver el temblor y todo lo que estaba pasando*, se llenaron de terror y decían: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.» (Mt 27,50-54)

Mateo ha insertado al texto de Marcos las dos secciones que están en cursiva, ¿por qué Mateo ha querido añadir estos dos textos a los de Marcos y qué significan?

Primero, Mateo añadió un terremoto a los acontecimientos cósmicos que ocurrieron después de la muerte de Jesús y esto en preparación para lo que seguirá. En segundo lugar, hay un extraño cambio en el texto de Mateo 27,52, donde los santos fueron levantados en la noche del Viernes Santo, antes de la resurrección de Jesús, con el versículo de Mateo 27,53 donde ellos sólo aparecieron mucho después de su resurrección. Es como si estuviesen esperando todo el Sábado Santo, pero ciertamente este es simplemente el intento de Mateo de colocar un elemento tradicional relacionado con el descenso a los infiernos en la secuencia narrativa de Marco. Mateo está tratando de decir y no decir algo sobre el descenso de Jesús a los infiernos. Los santos son liberados del terremoto de Dios, no de la presencia de Jesús, y no aparecen con él en la resurrección, sino sin él después de la resurrección. En tercer lugar, Mateo utiliza un término muy significativo. Describe la resurrección de los santos “que se durmieron” (en gr. *Κεκοιμήμενον*) con el típico término para describir a los justos que murieron antes de Jesús– ellos no murieron, sino que durmieron esperando la resurrección de sus cuerpos sufrientes, torturados y asesinados.

Dos ejemplos son suficientes. En su primera carta a los Corintios, Pablo dice que “Cristo resucitó de entre los muertos, siendo el primero y primicia de los que murieron” (1Cor 15:20). Pero en el griego original la última frase se traduce literalmente “aquellos que estaban durmiendo” (*κεκοιμήμενον*). Igualmente, fuera del Nuevo Testamento, en el Evangelio de Pedro, la voz de Dios pregunta a Cristo resucitado que asciende: “¿Has anunciado la liberación a aquellos que duermen (*κοιμωμενοις*)?” Los liberados responden por sí mismos con un “sí”. Nuestro segundo ejemplo de lo difícil que es colocar el descenso a los infiernos dentro de un estilo narrativo directo es el Evangelio de Pedro (9,35-10,42). De este Evangelio sólo

hay un pequeño fragmento del siglo III y uno del siglo VIII que contiene solamente el proceso, ejecución, entierro, resurrección y apariciones de Jesús y parece ser la parte conclusiva de un texto más desarrollado. La narración de la Resurrección es particular porque describe el acontecimiento, como fue visto por las autoridades judías y los guardias romanos que vigilaban junto al sepulcro. Describe la resurrección de Jesús a la cabeza de “aquellos que duermen”, es decir, a la cabeza de los justos de Israel, perseguidos y muertos antes que él y que ahora resucitan con él:

Pero durante la noche, cuando despuntaba el día del Señor, mientras los soldados montaban guardia de turno, de dos en dos, sonó en el cielo una gran voz, vieron abrirse los cielos y hombres descender de allí, con gran esplendor, y se acercaron a la tumba. La piedra que había sido colocada en la puerta rodó por sí misma y se colocó a un lado, la tumba se abrió y entraron los dos jóvenes. A esta vista, estos soldados despertaron al centurión y los ancianos que también estaban de guardia; y mientras les explicaban lo que había ocurrido, vieron a tres hombres saliendo de la tumba: los dos sostenían al otro y eran seguidos por una cruz; la cabeza de los dos llegaba al cielo, mientras que la de aquel a quien conducían de la mano, sobrepasaba los cielos. Oyeron desde el cielo una voz que decía: “¿Has predicado a los durmientes?” Y desde la cruz se oyó la respuesta: ‘Sí!’ (9,35-10,42)

Jesús no asciende al cielo como en los Hechos de los Apóstoles, donde “fue arrebatado ante sus ojos y una nube lo ocultó de su vista” (Hechos 1,9). ¡En cambio, su cuerpo alcanza el cielo desde la tierra! Y, como vimos anteriormente en Mateo, debemos notar la dificultad de contar el efecto del descenso de Jesús a los infiernos. Resulta clara la proclamación de liberación del infierno o seol, de los justos que habían esperado su venida, como si estuvieran durmiendo y no como muertos. Pero, ¿cómo podemos imaginarnos una cruz que camina y que habla? ¿Se trata de la cruz de madera que simboliza su presencia o siguen a Jesús en procesión en forma de cruz? El descenso a los infiernos no encaja fácilmente en una secuencia narrativa realista.

En el canto

Si el descenso a los infiernos no se puede contar con simple realismo, en cambio aparece de considerable belleza si se expresa en el lenguaje poético de los cantos y de los himnos, para esto dos ejemplos.

El primero se toma de la primera Carta de Pedro 3,18-19 y 4,6. La primera Carta de Pedro es una carta circular escrita a nombre de Pedro a finales del siglo I, y el tema del descenso a los infiernos aparece en un breve himno:

Pues Cristo murió una vez por el pecado y para llevarnos a Dios, siendo ésta la muerte del justo por los injustos. Murió en su carne, y luego resucitó por el Espíritu. Entonces fue a predicar a los espíritus encarcelados. (1Pe 3,18-19)

Proclama la liberación de los espíritus de Hades y el tema se repite a continuación, donde afirma que “no sin razón el Evangelio ha sido anunciado a muchos que han muerto; si bien en cuanto seres humanos han recibido la sentencia de muerte, a través del Espíritu viven para Dios”. (1 Pt 4, 6).

El primero es un texto polémico debido a la alusión al descenso al inframundo, pero no hay discusiones sobre el segundo ejemplo. Una de las expresiones poéticas más bellas de la resurrección colectiva de Jesús junto con los santos de Israel se encuentra en las Odas de Salomón, una colección de himnos cristianos de finales del siglo I. Mostramos, a continuación, el culmen de la celebración, en la que el mismo Cristo narra:

No fui expulsado a pesar de que me consideraban un marginado,
y yo no morí a pesar de que querían mi muerte.
Los infiernos me vieron y fueron destruidos,
y la muerte me vomitó y a muchos
conmigo; yo he sido para ella hiel y
amargura.
Con ella descendí hacia toda su profundidad.
Me soltó los pies y la cabeza,
porque no podía soportar mi rostro. De sus
muertos he formado un pueblo de vivos;
Hablé con ellos con los labios vivos para que mi palabra no fuera en vano.
Los muertos corrieron hacia mí y me gritaron: “¡Hijo de Dios, ten
piedad de nosotros! Considera nuestro destino según tu bondad,
y liberarnos de las cadenas de las tinieblas. Ábrenos la
puerta que nos conduce a ti, porque sabemos que nuestra
muerte no puede derrotarte.
Podemos ser salvos contigo, porque tú eres nuestro
Salvador.” Escuché su voz y tomé en serio su fe.
¡Sobre sus cabezas puse mi nombre, porque son hijos libres
y me pertenecen! (*Odas salomónicas* 42,10-20)

Representa una visión metafórica y mitológica, serenamente poética en la que Jesús muere y desciende al inframundo. Ya que, como él es el Hijo de Dios, ese lugar no

puede contenerlo y rompe las cadenas, cerraduras, pestillos, liberando a los que murieron y que el Seol había encerrado. El Justo no se levanta solo, sino a la cabeza de los justos muertos delante de él.

En las imágenes

La iconografía oriental representa la resurrección de Jesús no como el acontecimiento que concierne solo a un individuo, sino como un grupo guiado por Jesús liberador y cabeza de los santos que durmieron en el Hades esperando su venida.

Dos ejemplos. El primero lo encontramos en la iglesia de San Sergio en El Cairo. El distrito más antiguo de El Cairo contiene edificios históricos de origen romano, judío, cristiano y musulmán conectados entre sí. Entre las iglesias coptas encontramos una dedicada a los santos Sergio y Baco, dos soldados romanos mártires. El edificio fue construido en el siglo IV y más tarde reconstruido, como se observa en una lápida que encontramos: “Iglesia de San Sergio, la iglesia más antigua de Egipto, donde la Sagrada Familia vivió durante su estancia en Egipto”. Esta iglesia, dedicada a San Sergio o San Sargio o Abu Serga, contiene un ciclo de dieciséis maravillosos frescos en los muros perimetrales. Las imágenes muestran detalles de la vida de Cristo escritos en árabe. Comienza con la Anunciación con el Espíritu Santo descendiendo sobre María y termina con Pentecostés, el Espíritu Santo que desciende sobre la Iglesia. En la escena de la resurrección Jesús vestido está representado frente a las dos puertas del infierno con tres figuras a sus lados, está inclinado hacia la izquierda en el gesto de sacar a Adán y Eva de su tumba; por otro lado, encontramos a David y Salomón, el primero con barba el segundo sin ella.

El segundo ejemplo es la Iglesia de Chora en Estambul. El fresco más significativo que representa el descenso al inframundo se encuentra en el museo Kariye Camii de Estambul, que una vez fue la iglesia principal del monasterio de Chora, llamado de Chora porque se encontraba en el campo, fuera de las murallas de Constantinopla. En la pared meridional del monasterio hay una capilla funeraria con frescos de escenas del Juicio Final. La imagen principal en el ábside se llama Anástasis, Resurrección, y también representa la resurrección colectiva de Jesús; esta imagen es bastante común en la iconografía bizantina. En el centro, encontramos a Jesús con un vestido radiante y con su mano izquierda toma a Eva y con la derecha a Adán, de sus sarcófagos abiertos.

Se podría esperar otras representaciones de los justos, pero la imagen de Cristo que salva a los ancestros, Adán y Eva, indica que muchos otros se han salvado y que no pueden ser incluidos en un único fresco. A la izquierda de Cristo encontramos a Abel y a su derecha a Juan el Bautista. Los mártires están siempre representados al centro de la comunidad de los justos que esperan la liberación en Cristo. Abel es el primer mártir del Antiguo Testamento, Juan el Bautista el primero del Nuevo, estos dos mártires guían al paraíso a un grupo de justos y santos del Antiguo Testamento representados por seis personas. Bajo los pies de Jesús está Satanás y a su alrededor las cadenas, cerraduras y las puertas de Hades, destrozadas. Cristo no se levanta solo, sino como cabeza de los santos. A la entrada del nártex interno de la iglesia principal nos encontramos con una imagen en mosaico dorado de Cristo Pantocrátor, con la inscripción “Jesucristo, la Chora (la nación) de los vivientes”, es decir, como afirmaba Marcos “Dios no es Dios de muertos sino de vivos” (Mc 12,27).

En el silencio

El descenso de Jesús al inframundo, también, se puede encontrar en otros textos del Nuevo Testamento, pero es objeto de mucha discusión. A veces se ha dicho que esta es una doctrina reciente y sucesiva al Nuevo Testamento. Sin embargo, parece que fue un tema antiguo que surgió pronto en la comunidad cristiana y que fue dejado de lado por los Evangelistas, por lo que varias pueden ser las razones por las que esta doctrina fue casi marginada.

En primer lugar, el descenso a los infiernos es una tradición judeocristiana y uno de los elementos más importantes, pero el futuro de la Iglesia y del cristianismo no se orientó a lo largo de esta línea de tradición.

En segundo lugar, el descenso a los infiernos es también intensamente mitológico y se caracteriza por tres elementos: *la decepción*, en la que a los demonios se les dejó crucificar a Jesús sin saber de quién se trataba; *el descenso*, la razón misma de su muerte y sepultura; y *la expoliación*, en la que Jesús, Hijo de Dios, abrió la prisión del infierno para liberarse a sí mismo y a los justos que lo habían precedido.

En tercer lugar, el descenso al inframundo no podía insertarse fácilmente en ninguna secuencia narrativa al final de los Evangelios. ¿Cómo podría Jesús resucitar a la cabeza de los mártires y de los justos y luego aparecer a sus discípulos para darles el mandato apostólico? Esta resurrección colectiva requirió al mismo tiempo una ascensión colectiva. La sección final del Evangelio podría contener el descenso a los infiernos con una resurrección colectiva y ascensión al paraíso; o, alternativamente, la aparición del resucitado para que pudiera anunciar a los Apóstoles su misión.

En cuarto lugar, está la complicada pregunta dogmática: si los cristianos deben ser bautizados para entrar en el Paraíso, ¿por qué los que fueron liberados por Cristo fueron al Paraíso sin bautismo? ¿Cómo fue posible esto? Si el bautismo no era necesario para los justos, ¿por qué lo es para los cristianos?

La primera solución obvia es que Jesús bautizó a todos los justos en el Hades antes de que pudieran entrar en el Cielo con él. Un ejemplo de esta solución se encuentra en la *Epistula Apostolorum*, documento de la primera mitad del siglo II. Jesús mismo afirma:

Con este fin he descendido en el lugar de Lázaro y he predicado a los justos y a los profetas a fin de que salieran del reposo en que están abajo hacia aquello que está en lo alto, del reposo en que estaban abajo; y con mi mano derecha les he dado el bautismo de la vida, del perdón y de la salvación de todos los males, como he hecho por ustedes y por todos los que creen en mí. Pero si uno cree en mí y no observa mis mandamientos, aunque conozca mi nombre, no le será de ninguna utilidad y habrá hecho una carrera inútil. Aquellos irán a la perdición y destrucción porque no se han observado mis mandamientos. (Ep Ap, 27)

Esto resuelve bastante el problema con toda claridad, Jesús bautizó a los justos del Antiguo Testamento como debe ser para los futuros fieles. Pero, entonces, se puede hacer otra pregunta dogmática: ¿es apropiado que el mismo Jesús bautice? Este tema es abordado en otro texto de la primera mitad del siglo II, el Pastor de Hermas. La tercera sección, *las Similitudines*, indica que el descenso al infierno no fue provocado por Jesús, sino por sus apóstoles y maestros, que mientras morían, proclamaban la liberación de los santos y los bautizaban al entrar en el Paraíso:

Los apóstoles y maestros que predicaron el nombre del Hijo de Dios, después de haberse quedado dormidos en el poder y la fe del Hijo de Dios, han enseñado también a aquellos se durmieron antes que ellos, que les habían dado el sello de predicación. Bajaron con ellos al agua y resurgieron, pero los últimos descendieron vivos y resurgieron vivos, mientras que los primeros que se habían dormido antes, descendieron muertos y resurgieron vivos. Por tanto, a través de ellos, se vivificaron y recibieron el conocimiento del Hijo de Dios. (9,16.5-7)

Por estas cuatro razones y especialmente en vista de los problemas dogmáticos, la tradición sobre el descenso a los infiernos se perdió en los relatos evangélicos, pero no en la tradición cristiana, especialmente en la poesía y el arte figurativo.

El reino de Dios, el Hijo del Hombre y la resurrección de los cuerpos

En conclusión, volvemos al Evangelio de Marcos en la teología del Sábado Santo. Hemos escuchado tres maneras de hacer la misma afirmación:

1. el reino de Dios ya ha comenzado
2. el Hijo del Hombre ya ha llegado
3. la resurrección de los cuerpos ya ha comenzado

Al comienzo del Evangelio, Marcos nos da una especie de resumen del mensaje de Jesús: “El tiempo se ha cumplido, el Reino de Dios está cerca. Renuncien a su mal camino y crean en la Buena Nueva” (Mc 1, 15). La expresión ‘está cerca’ significa que está presente; pero hay otro tema en Marcos que confirma y asegura esta interpretación: la visión de Jesús como el Hijo del Hombre. Para Marcos, el reino de Dios ya está presente porque el Hijo del Hombre ha llegado. Recuerda lo que dijimos acerca de Jesús Hijo del Hombre en Marcos cuando presentamos el proceso de Jesús. Marcos insiste en que Jesús es el Hijo del Hombre, la misma figura que se encuentra en el libro de Daniel:

Mientras seguía contemplando esas visiones nocturnas, vi algo como un hijo de hombre que venía sobre las nubes del cielo; se dirigió hacia el anciano y lo llevaron a su presencia. Se le dio el poder, la gloria y la realeza, y todos los pueblos, naciones y lenguas lo sirvieron. Su poder es el poder eterno que nunca pasará; su reino no será destruido. (Dn 7,13-14)

La interpretación angelical de esta visión de Daniel explica que el reino de Dios es dado a un Hombre para todo el pueblo de Dios y no solo por privilegio personal:

Entonces la realeza, la autoridad y la grandeza de todos los reinos que están bajo los cielos serán dadas al pueblo de los santos del Altísimo; su reinado es un reinado eterno y todos los poderes le servirán y le obedecerán. (Dn 7,27)

Habríamos esperado algo similar, los seres bestiales del mar del caos no son meras personificaciones, sino al mismo tiempo representaban a los emperadores e imperios, eran símbolos colectivos del Imperio babilónico, de los Medos, del persa, del macedonio y de su derivado sirio. Así también de forma opuesta, el Hombre o el Hijo del Hombre no es solo una personificación, sino un líder y el representante del pueblo de Dios, ni él sin el pueblo, ni tampoco el pueblo sin el Hijo del Hombre.

Para Marcos, entonces, Jesús es el Hijo del Hombre y se le ha dado el reino de Dios para traerlo a la tierra para todos aquellos que quieran ser parte de él. Marcos insiste desde el comienzo de su Evangelio hasta el final que Jesús siendo hombre ya está aquí en la tierra con plena autoridad, que debe pasar a través de la muerte hacia la resurrección y que pronto volverá en plenitud de poder y gloria. Jesús es el Hombre, por lo que el reino de Dios ya está presente para todos aquellos que quieren pasar por la muerte hacia la resurrección con Jesús.

Las tres declaraciones anteriores se interconectan entre sí, sirven para interpretarse entre sí y tomadas juntas revelan el corazón de la teología de Marcos; el Evangelista también insiste en el hecho de que habrá una futura consumación generada por la Gran Limpieza Cósmica de parte de Dios, por lo demás ya iniciada (Mc 13, 26-27), y que esta consumación no ocurrirá al momento de la destrucción de Jerusalén, como algunos cristianos habían creído (Mc 13,5-6.21-23) y que finalmente esta consumación se llevará a cabo dentro de esta generación (Mc 9,1). De hecho, la primera comunidad cristiana creía que, si se afirmaba la presencia del reino de Dios, del Hijo del Hombre y de la resurrección general de los cuerpos, y si la Gran Limpieza de Dios había comenzado con la Pascua, esto era fruto de un compromiso comunitario. No se trataba, como alguno podría imaginarse, de un rayo de luz divina, sino un proceso interactivo entre divinidad y humanidad, una operación conjunta entre nosotros y Dios: ni nosotros sin Dios, ni Dios sin nosotros. No somos nosotros los que esperamos a Dios, es Dios quien nos espera.

Por eso, desde el principio hasta el final, el Evangelio de Marcos nos muestra a Jesús que camina y camina siempre en compañía, nunca solo, siempre con aquellos compañeros que nos representan, a quienes conocemos por nombre y que han fallado por su debilidad, y también a aquellos sin nombre que en cambio han resistido.

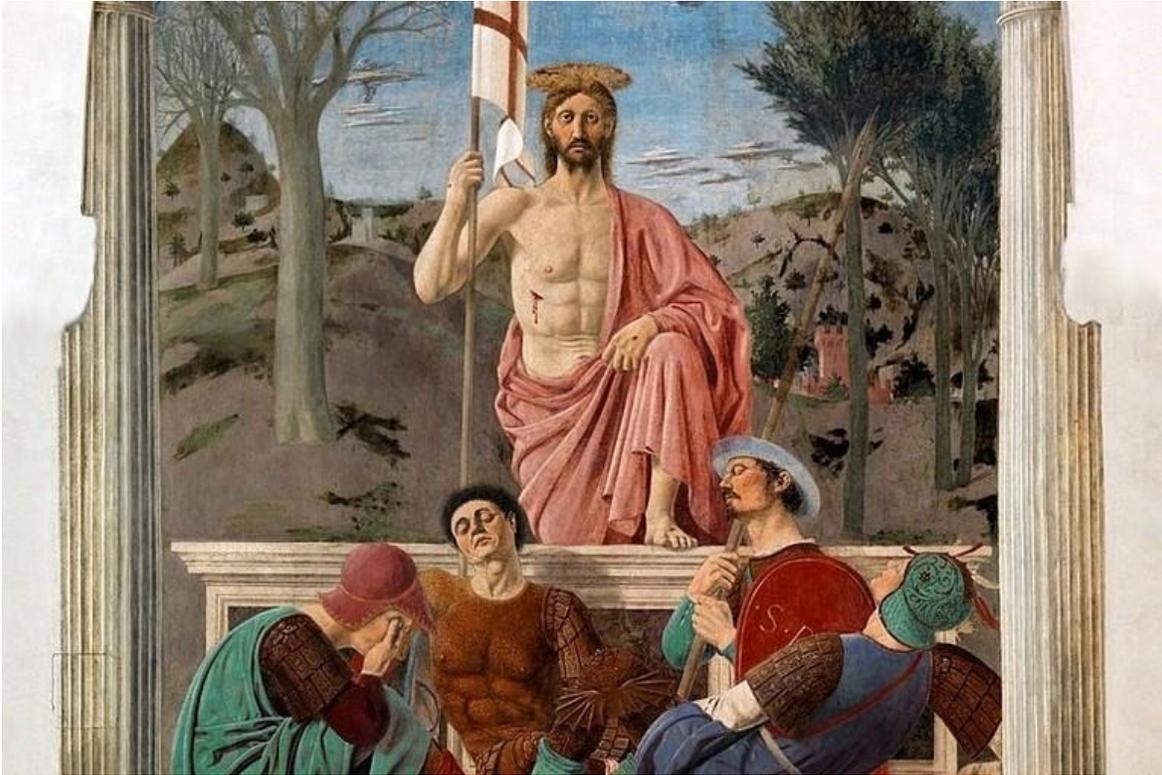
Preguntas para reflexionar

1. En qué modo se diferencia el Credo Niceno Constantinopolitano del Credo Apostólico en relación a la bajada de Jesús al infierno?, ¿Qué significa la expresión “Robo en el Infierno” de parte de Jesús?
2. ¿Cuáles son las dos modalidades principales en las cuales Dios salva y reivindica a los Justos perseguidos y condenados a muerte en el Antiguo Testamento?
3. ¿Qué significa para el Judaísmo y para el Cristianismo el término escatología y en particular en el de escatología apocalíptica? ¿Tiene todavía algún significado?

4. ¿Por qué algunos movimientos del Judaísmo consideran que la resurrección de los cuerpos de los mártires, de los justos y de todos?
5. ¿Cómo se relaciona la fe en la resurrección de los cuerpos con la fe en la escatología apocalíptica?
6. ¿Cómo se pensaba que la escatología apocalíptica transformara el mundo físico, animal y social aquí sobre la tierra? Este sueño es una utopía absolutamente inalcanzable?
7. En la tradición del 'Robo en los Infiernos' cuál es la conexión entre la resurrección del cuerpo de Jesús y la resurrección de todos los mártires y justos?
 - ¿En las narraciones? ¿En los himnos? ¿En las imágenes?
 - ¿Por qué se perdió en el Cristianismo occidental? ¿Debería recuperar esta tradición?
8. Explica ¿por qué la noticia del reino de Dios y del Hijo del Hombre 'ya presente' esté en el corazón del anuncio de Jesús proclamado en el evangelio de Marcos
 - Estamos esperando que solo Dios transforme en la tierra de las injusticias violentas a la justicia no violenta, o solamente piensas que Dios espera que nosotros cooperemos con él en esta obra de transformación?
 - ¿Podemos decir que la revelación en la escatología apocalíptica de Marcos se haya dado la presencia del reino de Dios?

OCTAVO DÍA

DOMINGO DE PASCUA



Pasado el sábado, María Magdalena, María, la madre de Santiago, y Salomé, compraron aromas para embalsamar el cuerpo. Y muy temprano, el primer día de la semana, llegaron al sepulcro, apenas salido el sol. Se decían unas a otras: «¿Quién nos quitará la piedra de la entrada del sepulcro?» Pero cuando miraron, vieron que la piedra había sido retirada a un lado, a pesar de ser una piedra muy grande. Al entrar en el sepulcro, vieron a un joven sentado al lado derecho, vestido enteramente de blanco, y se asustaron. Pero él les dijo: «No se asusten. Si ustedes buscan a Jesús Nazareno, el crucificado, no está aquí, ha resucitado; pero éste es el lugar donde lo pusieron. Ahora vayan a decir a los discípulos, y en especial a Pedro, que él se les adelanta camino de Galilea. Allí lo verán, tal como él les dijo.» Las mujeres salieron corriendo del sepulcro. Estaban asustadas y asombradas, y no dijeron nada a nadie por el miedo que tenían. (Mc 16,1-8)

Sin La Pascua nunca habríamos conocido a Jesús. Si su vida hubiera terminado con la crucifixión habría sido olvidado, como uno de tantos judíos crucificados por el Imperio Romano en un siglo de sangre que había visto miles de ejecuciones de este tipo. Tal vez uno o dos rastros habrían aparecido aquí o allá en Flavio Josefo o en las fuentes rabínicas. Sin la Pascua no habría habido ni siquiera Viernes Santo porque no habría habido una comunidad que lo hubiera recordado y le hubiera dado sentido a su muerte.

La Pascua es absolutamente el evento central. Pero, ¿qué es? ¿Cuáles son los relatos de la Pascua? En un primer nivel la respuesta es obvia: Dios ha resucitado a Jesús. ¿Qué significa eso? ¿El milagro más grande jamás existido? ¿Se trata de la promesa del camino eterno? ¿Es la prueba que Dios ha querido dejarnos para demostrar que Jesús era verdaderamente su Hijo?

Cuando pensamos en La Pascua tenemos que hacernos algunas preguntas fundamentales. ¿Qué tipo de narración son los relatos de la Pascua? ¿Qué tipo de lenguaje usan? ¿Quieren darnos una relación histórica de los hechos y, por tanto, deben entenderse como memoria histórica? ¿O utilizan un lenguaje típico de parábolas y metáforas para expresar verdades que tienen un valor mayor que el simple elemento fáctico? ¿O es una combinación de todo esto?

Los cristianos parecen tener una especie de "pre-comprensión" de la Pascua, como con el Viernes Santo y la Navidad, que afecta nuestra escucha y conocimiento de estos relatos. Normalmente esta "pre-comprensión" es generada por el conjunto de los relatos de Pascua tomados de los cuatro Evangelios juntos en una composición y vistos todos a la luz de la predicación, de nuestros cantos y de la liturgia. Esta pre-comprensión enfatiza en gran medida el elemento fáctico e histórico de los relatos de forma más o menos sofisticada. La forma más fuerte, afirmada por los cristianos orientados por una visión fundamentalista de la Biblia, considera cada detalle de forma literal e infaliblemente cierto. Muchos otros afirman una forma más elaborada, conscientes de las diferencias en los relatos, no insisten en la exactitud de los hechos y de cada detalle y son conscientes de que los diferentes testimonios de un hecho pueden divergir en algunos detalles, pero básicamente son testimonios confiables en relación a los hechos fundamentales.

Por lo tanto, estos últimos no plantean particulares problemas sobre si junto al sepulcro estuvo presente un ángel (Marcos y Mateo) o dos (Lucas), o sobre cómo combinar las historias de los seguidores de Jesús que experimentaron su presencia en Jerusalén donde permanecieron hasta Pentecostés (Lucas), con el relato del regreso a Galilea donde experimentaron por primera vez la presencia de Jesús resucitado (Mateo e implícitamente Marcos). Esta forma más delicada de leer textos del Evangelio, sin embargo, reafirma los elementos fundamentales del

acontecimiento histórico: a) la tumba estaba realmente vacía; b) el por qué Dios había transformado el cuerpo de Jesús (y no por qué alguien lo hubiera robado o por qué se fueron a la tumba equivocada); y c) Jesús se había aparecido verdaderamente a sus discípulos después de su muerte de modo que pudiera ser visto, oído y tocado.

La historicidad del acontecimiento pascual es tan central para los cristianos que si no hubiese sucedido desaparecería la verdad y el fundamento del Cristianismo. Para subrayar esta afirmación se cita a menudo un versículo de Pablo: "Y si Cristo no resucitó, nuestra predicación no tiene contenido, como tampoco la fe de ustedes." (1Cor 15,14). Estamos de acuerdo con esta declaración que, sin embargo, consideramos, no pretende reafirmar el simple descubrimiento arqueológico de una tumba vacía. Estamos convencidos que tal énfasis en la historicidad de los hechos de los relatos pascales, como si fueran una relación fotográfica, nos distrae de su plena comprensión. Al mismo tiempo, debemos reconocer que, para muchos, a quienes les resulta difícil creer que estos relatos sean históricos, estos textos pascales pueden convertirse en una piedra de tropiezo para su fe en Cristo.

Si se considera que creer estas narraciones como hechos históricos sea esencial para ser cristiano, entonces se llega a la conclusión de no poder serlo. La pregunta no es simplemente si estos acontecimientos ocurrieron realmente, de hecho, la pregunta se coloca justamente en los relatos mismos: las diferencias entre ellos son difíciles de conciliar y su lenguaje a menudo parece no tener nada que ver con lo que se utiliza normalmente para un informe histórico. Además, centrarse sólo en la historicidad de los hechos frecuentemente conduce a perder los significados que están bien, más allá de los hechos mismos. Si solo son considerados solamente acontecimientos espectaculares, no alcanzaremos a ir más allá de la pregunta: "¿Realmente sucedieron?", para así llegar a la pregunta más importante y útil: "¿Qué significan?"

¿Historia o parábola?

Antes de volver al relato de Marcos, debemos considerar la pregunta fundamental con la que empezamos: ¿de qué tipo de narrativa se trata? Por razones didácticas, pondremos dos opciones: ¿se trata de historias o de parábolas? ¿Qué significan estas dos posibilidades?

Cuando estos relatos son considerados como *historia*, su propósito es dar cuenta pública de eventos observables que pueden ser testimoniados por cualquiera que hubiese estado presente. Si tú o yo (o Pilato) hubiéramos estado presentes cuando el ángel rodó la piedra de la entrada del sepulcro, como por ejemplo estuvieron los

guardias en el relato de Mateo, habríamos visto el hecho suceder ante nuestros ojos. Definir estos relatos como "historia" significa que los acontecimientos reportados habrían podido ser fotografiados o grabados si solo estas técnicas hubieran estado disponibles en ese entonces.

Si consideramos estas historias *como parábolas*, entonces el modelo de referencia se convierte en las mismas parábolas de Jesús. Los cristianos concuerdan en que el significado de las parábolas de Jesús no depende del hecho de que hayan sido históricamente ciertas. No conocemos cristianos que se preocupen si de verdad hubo un buen samaritano que ayudó a un hombre asaltado y golpeado por bandidos en el camino entre Jericó y Jerusalén o si realmente había un padre que hubiese acogido con benevolencia a su hijo pródigo o que digan que estas historias no son importantes porque los hechos que relatan nunca ocurrieron. La idea bastante común es que las parábolas pueden ser auténticas, verdaderas y ricas en verdad independientemente de la valoración histórica de los hechos. Podemos añadir esto: la verdad de una parábola, de una narrativa parabólica, no depende de su realidad. Un corolario, entonces, es que el concentrarse sobre la autenticidad de los hechos de la parábola nos aparta del significado de la parábola misma. Entender una parábola significa comprender su significado y a menudo hay más de uno.

Considerar los relatos de Pascua como parábolas no quiere decir negar su verdad histórica. Es más útil dejar la pregunta abierta y dejar a los demás esa apreciación. La importancia de estos relatos está justamente en su significado. Ilustrar una tumba vacía sin buscar su significado es simplemente algo extraño, aunque el hecho es de considerarse excepcional. Las parábolas pueden basarse en un hecho que realmente sucedió, es posible que hubiera un buen samaritano, pero no es fundamental. Si crees que había una tumba vacía, ¿qué significa este evento? Si crees en las apariciones de Jesús y en que éstas hubieran podido ser fotografiadas, ¿qué significan para ti? Si no estás seguro de su verdad histórica, ¿qué podrían significar en todo caso?

Una parábola o un lenguaje parabólico, es importante decirlo, pueden ser maneras de expresar verdades, no simplemente ilustran algo como, por ejemplo, se podría pensar respecto del Buen Samaritano para comunicar la importancia de estar cerca y ayudar a cualquier persona necesitada; también pueden ser declaraciones de una verdad, como en el caso de la parábola del hijo pródigo: Dios es como un padre que sobreabunda de alegría por el regreso de su hijo del exilio a una tierra lejana.

Por lo tanto, es profundamente erróneo considerar un documento histórico como "auténtico" y una parábola simplemente una *ficción* y, por lo tanto, de menor importancia. Solo después de la Ilustración del siglo XVIII, muchos comenzaron a pensar de esta manera porque la cultura occidental ilustrada comenzó a identificar la verdad sólo en los hechos históricos y este vínculo es una de las características centrales de la cultura occidental moderna. Algunos biblistas y los que rechazan la Biblia aplican el mismo principio: los primeros insisten en que la verdad de la Biblia depende de su autenticidad histórica, otros ven que la Biblia no puede ser histórica y literalmente verdadera y por ello niegan totalmente su autenticidad.

Una parábola, más allá de la historicidad de los hechos, puede ser profundamente cierta, es más, puede suceder que algunas verdades no puedan expresarse más que en forma de parábola. Sin embargo, estamos convencidos de que buscar el significado parabólico de los relatos bíblicos, incluidos los pascuales, será siempre el enfoque más útil e importante.

Marcos relata la Pascua

Marcos, el primer Evangelio, lleva el relato más antiguo del Nuevo Testamento (Mc 16,1-8). Pablo, que escribió una década antes que Marcos, hace referencia a la resurrección de Jesús; sin embargo, Marcos nos ofrece el primer relato de la Pascua. Su narración nos sorprende por más de una razón:

- es un relato muy corto, sólo ocho versículos; Mateo cuenta la resurrección de Jesús en veinte versículos, Lucas en cincuenta y tres y Juan en cincuenta y seis subdivididos en dos capítulos;
- Marcos no informa de ninguna aparición de Jesús resucitado, los relatos de las apariciones solo están en los otros Evangelios;
- El relato de la Pascua en Marcos termina de improviso.

Leyendo el relato de Marcos, notaremos los cambios aportados por Mateo y Lucas en el proceso de incorporación sobre el texto de Marcos. El objetivo no es generar escepticismo o confusión, como si señalando las diferencias, quisiéramos desacreditar a los testigos, sino continuar la reflexión en torno a la pregunta: ¿qué tipo de relatos son aquellos pascuales?

El relato de Marcos comienza con la llegada de las mujeres a la tumba para la unción del cuerpo de Jesús después de haber presenciado la muerte y el entierro de Jesús:

Pasado el sábado, María Magdalena, María, la madre de Santiago, y Salomé, compraron aromas para embalsamar el cuerpo. Y muy temprano, el primer día de la semana, llegaron al sepulcro, apenas salido el sol. (Mc 16, 1-2)

En el camino se preguntan: "¿Quién rodará la piedra que cierra el sepulcro?" y cuando llegan a la tumba la pregunta se vuelve absolutamente irrelevante: "vieron que la piedra había sido retirada a un lado, a pesar de ser una piedra muy grande". Mateo añade dos detalles al relato de Marcos: a) explica cómo la piedra fue quitada: había habido un terremoto y un ángel vestido de blanco como la nieve que parecía un rayo rodó la piedra desde la entrada de la tumba y b) narra la presencia de guardias en la tumba y que la aparición del ángel los aterroriza y llegan a estar "como hombres muertos". En seguida, Mateo también nos dice que los guardias dirán cómo los ancianos y sumos sacerdotes querían sobornarlos para que testificaran que habían sido los discípulos de Jesús quienes robaron el cuerpo mientras ellos dormían.

Volviendo a Marcos, las mujeres entran en la tumba y ven a "un joven vestido enteramente de blanco sentado al lado derecho". Están preocupadas y atemorizadas, pero el joven, probablemente un ángel, les dice: "No se asusten. Si ustedes buscan a Jesús Nazareno, el crucificado, no está aquí, ha resucitado; pero éste es el lugar donde lo pusieron". Mateo explica que el joven era un ángel; Lucas añade una segunda figura y así para él, los ángeles son dos (Lc 24, 4).

Marcos entonces nos dice que a las mujeres se les encomienda un mandato: "Ahora vayan a decir a los discípulos, y en especial a Pedro, que él se les adelanta camino de Galilea. Allí lo verán, tal como él les dijo" (Mc. 16,7). El Evangelio de Marcos no reporta alguna aparición del Resucitado, sino simplemente la promesa de que los discípulos volverán a ver a Jesús en Galilea.

En este punto, la historia de Marco se detiene abruptamente: "Las mujeres salieron corriendo del sepulcro. Estaban asustadas y asombradas, y no dijeron nada a nadie por el miedo que tenían" (Mc 16, 8). La interrupción no sólo es brusca, sino también extraña. Según Marcos, las mujeres no dicen nada a los discípulos, el Evangelio termina así, pero el final fue considerado insatisfactorio y a principios del siglo II se añadió al texto original una conclusión ulterior (Mc 16, 9-20).

Mateo y Lucas concluyen en diferentes maneras, Mateo informa que las mujeres dijeron a los discípulos: "Ellas se fueron al instante del sepulcro, con temor, pero con una alegría inmensa a la vez, y corrieron a llevar la noticia a los discípulos" (Mt 28,8); conclusión similar de la historia también en Lucas (Lc 24, 9). Lucas modifica

la comisión dada por los ángeles y, en Marcos y Mateo, las mujeres deben decirles a los discípulos que vayan a Galilea donde verán al Resucitado; en Lucas, Jesús aparece en Jerusalén o en sus alrededores. Lucas no coloca ninguna aparición en Galilea y por lo tanto sustituye el mandato de ir a Galilea con: "No está aquí. Resucitó. Acuérdense de lo que les dijo cuando todavía estaba en Galilea: El Hijo del Hombre debe ser entregado en manos de los pecadores y ser crucificado, y al tercer día resucitará" (Lc 24, 6-7).

El relato de Marcos como parábola

Dejando de lado las exigencias de la historicidad, es muy evocador considerar el relato de la tumba vacía como "parábola de la resurrección":

- Jesús había sido sellado en el sepulcro, pero el sepulcro no podía retenerlo, la piedra había sido arrastrada.
- Jesús no se encuentra en la tierra de los muertos, "Él no está aquí, mira este es el lugar donde lo habían puesto". El comentario de Lucas al relato de Marcos refuerza este significado: "¿Por qué buscan entre los muertos al que vive?" (Lc 24,5)
- Jesús ha sido resucitado, el mensajero angelical explica a las mujeres que había sido crucificado. Jesús "*que había sido crucificado por las autoridades fue resucitado por Dios*", lo que significa que Dios dijo 'sí' a Jesús y 'no' a las autoridades que lo mataron, Dios ha defendido / ha reivindicado a Jesús.
- A sus seguidores se les prometió: "Lo verán".

Tal vez, como algunos biblistas indican, el mandato de regresar a Galilea significa "volver a donde comenzó la historia, al principio del Evangelio". ¿Qué encontramos al comienzo del Evangelio de Marcos? El *camino* y el *reino*.

Las apariciones en los otros Evangelios

El relato de la tumba vacía en Marcos es ampliado en los otros Evangelios que presentan relatos de apariciones y narrativas en las que el Resucitado se aparece a sus discípulos. Estas historias son generadas por la experiencia y la reflexión de los seguidores de Jesús en los días, meses, años y décadas posteriores a su muerte. Llama la atención que la misma aparición sea contada solo por uno de los Evangelios, es sorprendente porque en las secciones pre pascuales encontramos muy a menudo que el mismo relato aparece en dos o más evangelios, pero no así en

el caso de las apariciones posteriores a la Pascua, donde cada Evangelista tiene sus propias apariciones, tal vez indicando que ésta era la forma en que el relato de Pascua era contado en la comunidad para la que escribía.

Mateo 28,9-20

Mateo narra dos apariciones, la primera es muy breve. Después de que las mujeres hubieron dejado el sepulcro, a lo largo del camino para anunciar a los discípulos:

En eso Jesús les salió al encuentro en el camino y les dijo: «Paz a ustedes.» Las mujeres se acercaron, se abrazaron a sus pies y lo adoraron. Jesús les dijo: «No tengan miedo. Vayan ahora y digan a mis hermanos que se dirijan a Galilea. Allí me verán. (Mt 28:9-10)

En la segunda aparición cumple la promesa de aparecer en Galilea. Sucede 'en la montaña' donde Jesús había dicho que iría. Sabemos que las montañas son importantes para Mateo, Jesús pronuncia el Discurso de la Montaña, es transfigurado sobre el monte y ahora reúne a sus discípulos por última vez en la montaña. La aparición en sí no se describe, sólo es mencionada y seguida por una reacción de los discípulos mezclada entre adoración e incertidumbre: "Cuando lo vieron, la adoraron, aunque alguno dudó". En la parte restante de la historia, Jesús Resucitado pronuncia el conocido mandamiento:

Jesús se acercó y les habló así: «Me ha sido dada toda autoridad en el Cielo y en la tierra. Vayan, pues, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos. Bautícenlos en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enséñenles a cumplir todo lo que yo les he encomendado a ustedes. Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de la historia. (Mt 28:18-20)

Los contenidos son muy fuertes:

- Dios ha dado al Resucitado "toda la autoridad en el cielo y en la tierra". Está implícito el contraste con las autoridades que lo crucificaron, los colaboradores locales y las autoridades imperiales que parecen tener autoridad pero que no la tienen. Jesús es el Señor del cielo y de la tierra, no ellos.
- Los seguidores de Jesús deben hacer discípulos a todas las naciones. Ten en cuenta que para Mateo los discípulos no eran solamente los Doce, y por discípulo no se entiende sólo un creyente, sino aquel que sigue el camino de Jesús. Según Mateo antes de su muerte, Jesús había restringido su misión sólo

a Israel, el Resucitado ahora ordena una misión a todas las naciones; por lo tanto, no sólo a los judíos, sino también a los gentiles.

- Deben enseñarles a "obedecer todo lo que les he ordenado", se les pide obedecer y no creer.
- "Estoy con ustedes siempre". Estas palabras recuerdan un tema que Mateo había anunciado en el relato del nacimiento de Jesús, donde identifica a Jesús con el Emanuel, Dios con nosotros. Ahora, en las últimas palabras del Evangelio, el mismo tema del Emmanuel regresa: "Estoy con vosotros siempre hasta el fin de los tiempos". Jesús Resucitado es el Emanuel, la presencia de Dios.

Lucas 24,13-53

Al igual que Mateo, Lucas también informa de dos apariciones, pero son historias mucho más largas y ambas situadas en Jerusalén donde, según Lucas, los discípulos se habían quedado para Pentecostés cincuenta días después.

La primera historia tiene lugar en el camino a Emaús, el relato más largo (Lc 24:13-35). Dos de los discípulos de Jesús caminan de Jerusalén a Emaús, unas siete millas, el Día de Pascua. El primero se llama Cleofás, el segundo permanece sin nombre. A los dos se les une un extraño que luego sabremos que es Jesús resucitado, pero ellos no lo sabían y no lo reconocieron. El extraño les pregunta "¿De qué van discutiendo por el camino?". Le responden: "¿Eres tú el único peregrino en Jerusalén que no está enterado de lo que ha pasado aquí estos días?" Le hablan de Jesús, de sus expectativas sobre él y de su crucifixión. Los tres caminan juntos durante unas horas y el extraño les habla de Moisés y de los profetas, pero ellos no lo reconocen todavía. A medida que se acercan a Emaús, el extraño parece dejarlos, pero con palabras maravillosas le piden que se quede: "Quédate con nosotros, ya está cayendo la tarde y se termina el día", y así se queda con ellos. Mientras están sentados a la mesa, el extranjero toma el pan, lo bendice, lo parte y se los da; en este punto Lucas nos dice que "se les abrieron los ojos y lo reconocieron". ¿Qué sucedió después? "El desapareció". Esto parece una parábola propiamente. El relato es muy sugerente. Jesús resucitado abre el significado de las Escrituras. El Resucitado es conocido al compartir el pan. Jesús resucitado camina con nosotros. Hay momentos en que lo conocemos y lo reconocemos. Esta historia es la metáfora condensada en una parábola de vísperas de la tarde, de muchos años de reflexión de las comunidades cristianas. Que sea un hecho ocurrido históricamente o no, Emaús sucede siempre.

La segunda aparición de Lucas (24,36-49) está situada en la noche de ese mismo día, Domingo de Pascua. Cleofás y su compañero regresan de Emaús a Jerusalén para contar su experiencia " a los Once y a los de su grupo los once y a sus compañeros". Jesús está entre ellos y dice: "Paz a ustedes". Tienen miedo y piensan que ven un fantasma, la historia se desarrolla luego en tres partes.

La primera, a diferencia del relato de Emaús, enfatiza la fisicidad de Jesús Resucitado, Jesús los invita a tocarlo: "Tóquenme y fíjense bien que un espíritu no tiene carne ni huesos, como ustedes ven que yo tengo". También les muestra heridas en las manos y los pies, luego toma un pedazo de pescado asado. No es una historia de fantasmas.

La segunda parte es el mandato y la promesa. Jesús da el mandato a sus discípulos de ser sus testigos y de proclamar el arrepentimiento y el perdón a todas las naciones. Les promete que serán "vestidos en el poder desde lo alto", una promesa que se cumplirá el día de Pentecostés con el descenso del Espíritu Santo (Hechos 1). Jesús, en la tercera, parte lleva a los discípulos a Betania, al este de Jerusalén, los bendice y asciende al cielo frente a ellos. En el primer capítulo de los Hechos de los Apóstoles, Lucas coloca la ascensión cuarenta días después (Hechos 1,3). Nos parece que al autor no le preocupa dar una fecha precisa a este acontecimiento, ya que en el Evangelio es situado durante el Domingo de Pascua, mientras en los Hechos cuarenta días después. Para Lucas, los eventos pascales se desarrollan en el arco de una larga parábola cotidiana.

Juan 20-21

Juan relata en dos capítulos cuatro apariciones. Al igual que Marcos, Mateo y Lucas, Juan también comienza su Pascua con la tumba vacía, pero la historia se desarrolla de modo diferente (Jn 20, 1-10). En lugar de un grupo de mujeres, Juan menciona sólo a María Magdalena que ve la piedra rodada pero no entra en la tumba, más bien espera a Pedro y al discípulo amado que ya corrían hacia la tumba, entran a la tumba y la encuentran vacía salvo por los tejidos del entierro y finalmente regresan 'a su casa'.

En este punto, Juan relata la primera aparición donde María Magdalena permanece junto al sepulcro llorando, mira dentro y ve a dos ángeles que le preguntan: "¿Mujer, por qué lloras?" Ella responde "Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto". Hasta este punto, ni ella ni los discípulos habían conectado aún la tumba vacía con la resurrección de Jesús. Mira a su alrededor, ve a Jesús, pero no lo reconoce; de hecho, piensa que es el jardinero y le pregunta "si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo me lo llevaré". Jesús la llama por su nombre "María"

y entonces lo reconoce. Jesús comienza a hablar de su ascensión "Suéltame, pues aún no he subido al Padre. Pero vete donde mis hermanos y diles: Subo a mi Padre, que es Padre de ustedes; a mi Dios, que es Dios de ustedes".

La segunda aparición, según el evangelio de Juan, ocurre en la noche de ese mismo día en Jerusalén. Los discípulos temerosos de las autoridades, están encerrados en la habitación, Jesús se les aparece y les dice: "Paz a ustedes" y les muestra las heridas en sus manos y pies. Entonces sopla el Espíritu sobre ellos: "Sopló sobre ellos y les dijo: «Reciban el Espíritu Santo»". En los Hechos, como ya hemos señalado, el don del Espíritu tiene lugar cincuenta días después de Pascua, en Pentecostés, esta circunstancia también nos muestra que la preocupación de estos testimonios no era la coherencia con el tiempo del calendario.

Tomás, uno de los Doce, no estaba presente y cuando sus compañeros le hablaron de su experiencia y no les creía. Él dijo: "Hasta que no vea la marca de los clavos en sus manos, no meta mis dedos en el agujero de los clavos y no introduzca mi mano en la herida de su costado, no creeré" (Jn 20, 25).

Esto se convierte en la ocasión para la tercera aparición (Jn 20, 26-29). Estamos una semana después y los discípulos están encerrados en la habitación de nuevo, Jesús se les aparece y nuevamente les dice: "Paz a ustedes". Entonces invita a Tomás a tocar sus heridas, Tomás exclama: "¡Mi Señor y mi Dios!" Sus palabras se convertirán en el típico augurio y exclamación pascual de las primeras comunidades cristianas.

Tomás ha sido considerado negativamente por la predicación cristiana, jugó el papel de un modelo a no seguir, peor que Tomás solo era Judas. Pero en estos relatos no encontramos condena alguna, Tomás desea tener una experiencia personal y directa de Jesús Resucitado, no acepta un testimonio de segunda mano y deseo se cumple: Jesús se le aparece. Las últimas palabras de la historia no deben leerse como una condena: "Crees porque me has visto. ¡Felices los que no han visto, pero creen!". Estas palabras simplemente afirman que son bienaventurados aquellos que crean sin haber tenido una experiencia directa de primera mano.

Después de estas tres apariciones parece que el Evangelio de Juan llega a su fin: "Muchas otras señales milagrosas hizo Jesús en presencia de sus discípulos que no están escritas en este libro. Estas han sido escritas para que crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. Crean, y tendrán vida por su Nombre" (Jn 20, 30-31) y probablemente el Evangelio terminaba aquí.

Pero otro capítulo comienza y cuenta la cuarta aparición (Jn 21,1-23). Las tres primeras apariciones son situadas en Jerusalén, esta última es en Galilea a orillas del lago Tiberíades. Están presentes siete discípulos que han pescado toda la noche sin haber capturado ningún pez. Jesús los llama desde la orilla, los discípulos no sabían que era el Señor, él les dice que tiren la red al otro lado del barco. Obedecen y la red se llena de tantos peces que no llegan a subirla a bordo. Entonces el discípulo amado le dice a Pedro: "Es el Señor" y Pedro se lanza al agua tal vez para llegar a la orilla antes que los demás. Cuando todos llegan a tierra se dan cuenta que Jesús había preparado un desayuno con pan y pescado. Después del desayuno hay un diálogo entre Jesús y Pedro. Jesús le pregunta a Pedro tres veces: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas?" Pedro responde a Jesús tres veces: "Sí Señor, sabes que te amo". Tres veces Jesús le responde a Pedro: "Apacienta a mis corderos", "Cuida de mis ovejas", "Apacienta a mis ovejas". Jesús, entonces, con lenguaje figurativo advierte a Pedro que será martirizado y crucificado como él. El diálogo termina con la doble exhortación: "Sígueme"; sígueme por el camino de Jesús, son las últimas palabras del Evangelio de Jesús.

Los relatos de la Pascua juntos

Dos temas discurren a lo largo de estos relatos y resumen los significados centrales de la Pascua.

La primera es: *Jesús vive*. El continúa a ser experimentado vivo después de su muerte, aunque en una forma radicalmente nueva, él ya no es más una persona de carne y hueso, determinada y definida en el tiempo y el espacio, sino una realidad que puede cruzar muros y entrar en habitaciones cerradas, camina junto a sus seguidores sin ser reconocido, desaparece cuando es reconocido como experimentan en Galilea y Jerusalén y se queda con sus seguidores para siempre "hasta el final de los tiempos".

Los relatos de las apariciones en los Evangelios hacen explícito lo prometido en Marcos: "Ustedes lo verán". Enfatiza el significado parabólico del relato de Marcos, el descubrimiento de la tumba vacía: Jesús no está entre los muertos, sino entre los vivos. Esta es una de las afirmaciones centrales de la Pascua: Jesús vive. Es una persona del presente y no simplemente del pasado. La presencia que sus seguidores habían conocido en Jesús antes de su crucifixión sigue siendo experimentada y actuando después de ella. Esta declaración no se trata simplemente de una breve serie de experiencias que ocurrieron hace dos mil años durante un período de cuarenta días entre la resurrección y la ascensión. Lucas en su segundo libro, los

Hechos, es el único autor del Nuevo Testamento que indica esta idea, que se ha convertido en parte del año litúrgico. Pero como ya hemos dicho, está claro que Lucas no se preocupa en dar un análisis cronológico, un calendario: hace ascender a Jesús dos veces, el domingo de Pascua y de nuevo cuarenta días después. La verdad de la afirmación 'Jesús vive' se basa en la experiencia de los cristianos a lo largo de los siglos. No todos los cristianos tienen tal experiencia, no es esencial, citando uno de los relatos de Pascua de Juan: "Bienaventurados los que, sin haber visto, creen". Algunos cristianos de hoy han experimentado a Jesús o experimentan a Jesús como una realidad viviente. Para nosotros este es el fundamento experiencial de la primera y central declaración pascual: Jesús sigue estando y actuando. El espíritu, la presencia que sus seguidores habían conocido antes de su muerte continúa. Jesús vive.

La segunda declaración central de los relatos pascuales es: *Dios ha defendido/reivindicado a Jesús*. Dios dijo "sí" a Jesús y "no" a las autoridades que lo habían matado. La Pascua no se trata sólo de la vida después de la muerte y no es simplemente el epílogo de una historia con final feliz. La Pascua es el "sí" de Dios a Jesús en contra las autoridades que lo condenaron a muerte. Las historias resaltan este mensaje de varias maneras. En Lucas y Juan, Jesús Resucitado continúa manteniendo las heridas causadas por el imperio que ejecutó la condena. En Mateo, a Jesús resucitado se le dio autoridad sobre todas las autoridades de este mundo. Marcos, que ha escrito en forma más concisa, dice simplemente: "¿Están buscando a Jesús de Nazaret que fue crucificado? Ha resucitado."

Los autores de los Evangelios no hablan de la resurrección de Jesús sin referirse también a la crucifixión, debido a la colusión entre los colaboradores locales y las autoridades imperiales. Las palabras de la declaración y augurio pascual más extendido y antiguo son: Jesús es Señor. Si Jesús es Señor, los señores de este mundo no lo son más. La Pascua afirma que los sistemas de poder de este mundo no son de Dios y no tienen la última palabra.

Pablo y la resurrección de Jesús

Todavía queda una palabra que escuchar, Pablo, la voz más antigua del Nuevo Testamento, el primer testimonio escrito de la resurrección de Jesús. Los temas centrales de los relatos evangélicos – Jesús vive y Jesús es Señor – son igualmente centrales en la experiencia, teología y convicciones personales de Pablo. A estas le añade una tercera, pero antes de pasar a esta novedad veamos lo que nos dice de las dos primeras.

Pablo experimenta a Jesús Resucitado y escribe en el año 50; él nos dice en la primera carta a los corintios: "He visto al Señor" (1Cor 9, 1). Siempre en la misma carta, después de enumerar una lista de personas a las que Jesús Resucitado se había aparecido, nos dice: "Y se me apareció también a mí, iba a decir al aborto, el último de todos" (1Cor 15,8). En otra carta escribe: "Dios me reveló a su Hijo" y que había recibido su Evangelio "por una revelación de Cristo" (Ga 1,16.12). Una experiencia similar se describe en 2Cor 12,2-4.

¿Cuándo y dónde ha tenido Pablo la experiencia de Jesús Resucitado? Sucedió al menos un tiempo después del Domingo de Pascua, en ese acontecimiento conocido como la experiencia en el camino a Damasco, descrita tres veces en los Hechos. Pablo vio una gran luz y oyó la voz de Jesús. Los que estaban con Pablo no compartieron esta experiencia, lo que significa que fue un acontecimiento privado y no una experiencia pública. En resumen, fue lo que podríamos llamar una visión. Es posible que Pablo considerara las apariciones del Resucitado a los otros discípulos de Jesús como visiones. En la lista de la primera carta a los Corintios utiliza el mismo verbo 'aparecer' para referirse a su experiencia y a la de los otros:

se apareció a Pedro y luego a los Doce. Después se dejó ver por más de quinientos hermanos juntos, algunos de los cuales ya han entrado en el descanso, pero la mayoría vive todavía. Después se le apareció a Santiago, y seguidamente a todos los apóstoles. Y se me apareció también a mí, iba a decir al aborto, el último de todos. (1Cor 15,5-8)

La inclusión de su experiencia junto a las otras, indica que las consideraba similares. Pablo presenta las razones para considerar las apariciones pascuales como visiones. Algunos cristianos no están de acuerdo con que éstas se traten de "simples" visiones. Una razón es que en el Occidente moderno no tenemos una gran estima por las visiones, a menudo las consideramos a la par que las alucinaciones, trastornos mentales, experiencias que no tienen nada que ver con la realidad o con lo que vemos 'verdaderamente'. Es importante destacar que no todas las visiones son alucinaciones, pueden ser una forma de transparencia y develación de la realidad, pueden implicar no sólo una dimensión visual y auditiva, sino también táctil, como suele suceder en los sueños. Así que una historia en la que Jesús invita a sus seguidores a tocarlo o en la que se le ve comiendo, intrínsecamente no significa otra cosa que una visión. Quien ha tenido visiones sostiene que le ha sucedido algo importante y significativo que, a menudo, lo ha llevado a cambiar su vida, y no podrían nunca trivializar su experiencia como una visión 'banal'.

Pablo creía en Jesús Señor, porque su experiencia del Resucitado cambió su vida. Antes de la experiencia en el camino a Damasco, era Saulo el Fariseo, un ferviente perseguidor del movimiento que se había formado alrededor de Jesús (Fil 3,4-6). Su experiencia tuvo un corolario crucial: generó en él la convicción no sólo de que Jesús vive, sino que Dios defendió/reivindicó a Jesús y dijo "sí" al que había sido injusticiado por las autoridades y cuyo movimiento Pablo estaba persiguiendo.

En resumen, para usar la expresión más concisa de Pablo, su experiencia del Resucitado lo convenció de que Jesús es *Señor*; esta convicción se transparenta en todas sus cartas, y lo llevó a un camino de colisión no sólo con los líderes de su pueblo y comunidad, sino también con las autoridades imperiales. Decir 'Jesús es Señor' significaba que 'el César no es Señor'. El poder imperial ha crucificado al "Señor de la Gloria", pero Dios lo ha resucitado y le ha dado un nombre que está sobre todo nombre, en las palabras de uno de los himnos más antiguos del cristianismo:

Por eso Dios lo engrandeció y le dio el Nombre
que está sobre todo nombre, para que al Nombre de Jesús
se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra y entre los muertos,
y toda lengua proclame que Cristo Jesús es el Señor,
para gloria de Dios Padre.
Es por eso que Dios lo exaltó y le dio el nombre
que está por encima de cualquier otro nombre;
que en el nombre de Jesús cada rodilla se dobla en el cielo,
en la tierra y bajo la tierra; y cada idioma proclama que Jesucristo
es el Señor, a la gloria de Dios padre. (Fil 2,9-11)

El tercer tema pascual de Pablo hace explícito lo que estaba implícito en los Evangelios. En el mundo judío que formó Jesús, para Pablo y los autores del Nuevo Testamento, la resurrección de Jesús estaba asociada a la escatología. Recuerdas lo que dijimos acerca de la escatología como la ferviente esperanza de la Gran Limpieza de Dios de un mundo injusto y violento, de la escatología apocalíptica como revelación de la inminente transformación cósmica y resurrección de los cuerpos, y de la defensa/reivindicación de los mártires y de todos aquellos que vivieron por la justicia y murieron a causa de la injusticia.

Pablo y los primeros cristianos, sin embargo, afirmaban *que la transfiguración por parte de Dios de esta tierra ya había comenzado en Jesús*; y por lo tanto, también declararon que la resurrección general ya había comenzado en Jesús. Tal vez por eso Pablo debe decir en su primera carta a los Corintios que, si no hay resurrección general, no se da tampoco la resurrección de Jesús y si no hay resurrección de Jesús,

tampoco puede darse la resurrección general (1Cor 15,12-16.20). Las dos realidades van de la mano, por eso llamamos a Jesús Resucitado la primicia, el comienzo de la nueva época, del nuevo tiempo.

Si, por tanto, el reino de Dios ha comenzado en la tierra y ha comenzado la resurrección general de los cuerpos, se afirma también que, aquí y ahora, todos están llamados a participar en la escatología colaborativa, de comunión, o en el hermoso aforismo de Agustín: "Nada podemos sin Dios, y Dios no puede nada sin nosotros".

La Pascua y la vida cristiana: transformación personal y social

La Pascua completa el esquema arquetipo del centro de la vida cristiana: muerte y resurrección, crucifixión y defensa de los justos. Ambos son esenciales: muerte y resurrección, crucifixión y defensa. Cuando predomina uno sobre otro hay distorsión y desequilibrio entre sí, los dos componentes deben ser afirmados igualmente.

Sin el énfasis de la Pascua en la reconsideración de Dios de la sentencia que condena a las autoridades, la cruz es sólo sufrimiento, agonía y horror que conduce a una teología parcial y, en sus consecuencias extremas, incluso, a una lectura inaceptable: el juicio de Dios significa que todos merecíamos sufrir de esta manera, pero Jesús murió en nuestro lugar y que Dios puede ahorrarnos el sufrimiento porque Jesús es el chivo expiatorio por nuestros pecados.

Sin esa reconsideración de Dios, sin el Domingo de Pascua, el Viernes Santo lleva a una política cínica y nihilista en el mundo en que vivimos, a un sistema de poder que logrará siempre controlar a la sociedad; y, aquellos que piensan lo contrario, son simplemente utópicos, ilusos y soñadores engañados. El cristianismo está referido al mundo que vendrá, el próximo mundo, no éste en el que vivimos ahora, que pertenece a la riqueza y a los poderosos.

Por el contrario, la Pascua sin Viernes Santo corre el riesgo de convertirse en una experiencia sentimental y vacía. Se convierte en la afirmación de que la primavera sigue al invierno, la vida sigue a la muerte, las flores florecerán de nuevo.

La Pascua, el cambio de parecer de Dios sobre el Viernes Santo, significa la defensa de la pasión de Jesús por el reino de Dios, por la justicia de Dios, es el 'no' de Dios al poder lo que lo mata. La Pascua nos revela a Dios porque concierne a Jesús; la

Pascua nos muestra el nombre de Dios, significa que su Gran Limpieza del mundo ha comenzado, pero también que podrá ser llevada a cabo sin nosotros.

El esquema arquetipo generado por el Viernes Santo y la Pascua es tanto personal como social. *El egoísmo* no es una palabra bíblica, pero es la noción central del pensamiento cristiano sobre la condición humana, que se formó leyendo la Biblia y de la reflexión sobre la experiencia humana. El egoísmo significa centrarse en uno mismo y en las propias ansiedades y preocupaciones, en lo que a veces se llama "el pequeño ego". El hombre egoísta se centra en su yo ansioso y temeroso y sobre sus deseos e inquietudes, o alternativamente se centra en su propia realización, éxitos y sus resultados. El problema no es que ser uno mismo sea malo, como si la solución fuera dejar de tener un yo; la pregunta es qué tipo de yo quiero ser.

Viernes Santo, Pascua, muerte y resurrección juntos son la imagen central del Nuevo Testamento como el camino de un yo transformado. Un camino que implica morir a una vieja vía y renacer a una nueva. Todos los testigos principales del Nuevo Testamento afirman esto. Es el "camino" del que habla Marco uniéndolo al seguimiento de Jesús y al camino de muerte y resurrección. Después de que Jesús habla por primera vez acerca de la proximidad de su muerte y resurrección, dice: "El que quiera seguirme, que renuncie a sí mismo, tome su cruz y me siga" (Mc 8, 34), indicando la invitación a participar en este camino. Mateo y Lucas toman este tema de Marcos y añaden la palabra "cada día", para estar seguros que centramos el tema.

Pablo da testimonio de este camino de transformación cuando escribe: "He sido crucificado con Cristo, y ahora no vivo yo, es Cristo quien vive en mí" (Gal 2, 19-20). Establece este camino para todos los cristianos cuando describe el bautismo como el rito de morir y renacer (Rom 6, 1-11). El resultado es un nuevo yo, una nueva creación: "Toda persona que está en Cristo es una creación nueva" (2Cor 5, 17). Este camino también es central en el Evangelio de Juan. Jesús en Juan habla explícitamente de 'renacimiento' (Jn 3, 1-10). En otro texto dice que, si un grano de trigo no cae en tierra y no muere, no da fruto. Él dice que éste es el único camino (Jn 14, 6), en un versículo que, lamentablemente a menudo, se ha convertido sólo en una afirmación triunfalista para justificar la exclusividad cristiana; pero para la teología de la Encarnación en Juan, la muerte y resurrección de Jesús indican el camino de la transformación, esto significa que "Jesús es la única vía", el camino en el que lo vemos morir y levantarse de nuevo es un camino de transformación personal. De esta manera encontramos un poderoso significado personal para la Cuaresma, la Semana Santa, el Viernes Santo y la Pascua. Estamos invitados a participar en este camino que conduce a la muerte, resurrección y renacimiento.

Pero no es correcto presentar sólo el significado personal de la transformación porque traicionaríamos el mensaje y la pasión de Jesús, por lo que arriesgó y perdió la vida. Su pasión fue el reino de Dios que lo condujo a Jerusalén, lugar del enfrentamiento con el sistema de poder de su tiempo, a la condena a muerte y a la reivindicación por parte de Dios.

El relato de la Semana Santa de Marcos y de los demás evangelistas nos permite escuchar la pasión de Jesús, sobre lo que estaba, y hoy sigue estando, apasionado Jesús y que lo llevó a la condena a muerte. Su pasión era el reino de Dios, la vida que podría estar en la Tierra si Dios fuese su rey y no los gobernantes, sistemas de poder e imperios de este mundo. Es el mundo soñado por los profetas, un mundo de justicia en el que cada uno tiene lo necesario para vivir y para su dignidad, en el que los sistemas de gobierno son justos, no es simplemente un sueño político, es el sueño de Dios, un sueño que solo puede cumplirse si está basado cada vez más en la realidad de Dios, cuyo corazón es la justicia. Su pasión llevó a Jesús a ser ejecutado, pero Dios lo defendió y lo reivindicó, este es el significado social del Viernes Santo y de la Pascua.

Resuena el mismo mensaje en el Apocalipsis, cuyo tema fundamental es el contraste entre el significado de Cristo y el señorío del imperio. El imperio es la bestia de los abismos, la gran prostituta que bebe la sangre de los santos, el monstruo cuyo número es 666. Es un pensamiento peligroso, parcial y distorsionado que considera el significado de los acontecimientos del Viernes Santo y la Pascua exclusivamente y únicamente de acuerdo con las dimensiones del individuo singular; pero también es distorsionada y peligrosa una lectura que se detiene sólo en la dimensión política y social. Cuando esto sucede, olvidamos que la pasión de Jesús no era solamente el REINO de Dios, era el reino de DIOS. No es nunca el reino sin Dios, y no hay nunca Dios sin reino. Es una visión profundamente religiosa bajo el señorío de Dios como se conoce en Jesús, es decir, la vida bajo el señorío de Cristo.

Jesús es Señor, la declaración más extendida en las primeras comunidades cristianas, tiene un valor personal y social que implica estar profundamente centrado en Dios, que incluye: una confianza radical en él, la misma confianza que vemos en Jesús hacia Dios, que genera libertad, "por la libertad, Cristo nos ha hecho libres"; compasión, es decir, el mayor don espiritual; amor y valentía "no tengan miedo". Sin esta centralidad en Dios, Bonhöffer no habría tenido la libertad y el coraje para enfrentarse al régimen nazi. Estar centrado en Dios también significa lealtad, responsabilidad y compromiso con Dios como nos lo ha mostrado Jesús. La lealtad es lo opuesto a la idolatría, dar la propia fidelidad a un bien menor también

significa ser leal y comprometido con la pasión de Jesús por la compasión, la justicia y la no violencia. El amor es el alma de la justicia y la justicia es la carne del amor.

El Viernes Santo, el penúltimo día, muestra cuán poderosas son las fuerzas desplegadas contra el reino de Dios. La Pascua, el último y el primer día, afirma que Jesús es Señor, no lo son los señoríos de este mundo. Las dos dimensiones, personales y sociales, de la Semana Santa son recogidas por una pregunta que muchos cristianos han escuchado y a la que han dado una respuesta: ¿aceptas a Jesús como Dios y Salvador? Es una pregunta crucial, porque el señorío de Cristo es el camino de la libertad personal, del regreso del exilio, de la reconciliación consciente con Dios.

La Semana Santa y el camino de la Cuaresma están representados por la imagen de una procesión alternativa, no violenta y anti-imperial que se manifiesta contraria al fundamento de la colaboración entre religión y violencia. El camino alternativo, hoy como entonces, es un camino de proceso personal que conduce a caminar con Jesús Resucitado, como lo hizo con los dos discípulos en el camino a Emaús. La Semana Santa, la memoria anual de la última semana de Jesús siempre nos coloca siempre frente a la misma pregunta fundamental: ¿por qué camino estás andando? ¿En qué procesión quieres andar?

Preguntas para reflexionar

1. ¿Cuál es la diferencia entre considerar los relatos pascuales como narraciones históricas o como parábolas?
2. ¿Qué te llama la atención del relato pascual de Marcos?
3. ¿Qué cosa te llama la atención de los relatos pascuales de los otros evangelios?
4. Según lo dicho en este capítulo, ¿cuáles son los significados centrales de los relatos tomados en su conjunto?
5. ¿Cuál es la comprensión de Pablo sobre la muerte y resurrección de Jesús? ¿Qué añade en comparación con la de los Evangelios?
6. ¿Qué se dice en este libro sobre el significado de la Pascua en el contexto contemporáneo?
7. ¿Qué significa la Pascua para ti hoy?